

La Ilustración



Artística

Año XIV

BARCELONA 7 DE ENERO DE 1895

Núm. 680



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



BERNARDO RICO

DIRECTOR ARTÍSTICO DE «LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA»

Nació en el Escorial el 30 de agosto de 1830. Falleció en Madrid el 9 de diciembre de 1894

(De fotografía de M. Huerta)

SUMARIO

Texto. - *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. - *El duque de Rivas. Semblanza*, por S. López Guisjarro. - *El señor Presidente*, por A. Sánchez Pérez. - *Vulgaridades sonoras*, por José Echegaray. - *La Pantillosa (episodio de 1818)*, por Angel R. Chaves. - *Ramón Martí y Alsina. Crónica parisiense*, por Juan B. Enseñat. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *La Cabellera de Magdalena*, novela original de Juan Rameau, con ilustraciones de Marchetti. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Los tranvías eléctricos en los Estados Unidos.* - *La piedra movediza del Tandil.* - *El doctor D. Prudente de Moraes.*

Grabados. - *Bernardo Rico*, director artístico de *La Ilustración Española y Americana* (de fotografía). - *Una víctima*, cuadro de José M.^a Tamburini. - *Cabeza de estudio*, cuadro de F. Vinea. - *Ramón Martí y Alsina*, vicedirector de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, retrato al lápiz. - *París. La Nochebuena en los boulevards, La víspera de Año Nuevo en los boulevards y El beso de Año Nuevo*, tres dibujos de S. Azpiazu. - *La señorita Teresina Labriola, doctora en Derecho de la Universidad de Roma.* - *La mañana del día de Reyes*, cuadro de Bruno Pigliheim. - Figs. 1, 2 y 3. El protector Field en los tranvías eléctricos. - *La piedra movediza del Tandil en la provincia de Buenos Aires.* - El Dr. D. Prudente de Moraes.

VERDADES Y MENTIRAS

Uno de los contadísimos (¡tan contados!) periodistas españoles que á su gran cultura une la condición de ser un espíritu positivo y crítico de los más claros que he conocido y conozco, me decía (no hace de esto muchas noches) que á la generación actual, á la joven, á la que todavía no ha llegado á los cuarenta años, le corresponde apurar la colilla de una época cuya cultura, cuyas fórmulas sociales y políticas y cuya misión histórica pertenecen ya al pasado, por más que ese pasado sea ayer. Esta verdad innegable, míresela desde el punto ó bajo el punto de vista que se mire, lleva aparejada otra, no menos innegable, puesto que á la vista se nos muestra constantemente y no con motivo de una sola cosa, sino en todas cuantas manifestaciones de la vida de la sociedad queramos observarla. Y esta verdad es el estado caótico en que luchan las agonizantes fórmulas del ayer y las aspiraciones, presentimientos é intuiciones del mañana, que á modo de vagas é indecisas nebulosas se interponen entre ideas é ideas, entre intereses é intereses, entre lo que perece y lo que es incierto.

No de otro modo se explica la confusión que al choque de todas esas distintas y opuestas opiniones, ideas y tendencias reina en el campo del arte, como quizá no reina en ninguna otra manifestación de las fuerzas morales y materiales de la actual sociedad. No miremos al arte dramático, que parece empeñado en señalar su paso por estos últimos años del siglo con una serie apenas interrumpida de tanteos que son otros tantos fracasos. No miremos tampoco al arte arquitectónico, convertido hoy en traductor y adaptador de modos y estilos que pertenecen á otros días; miremos á las artes plásticas por excelencia y en ellas encontraremos cómo ese caos de que vengo hablando se determina claro y distinto.

Aquí mismo en España, donde por virtud del atraso indudable con que llegan todas las vibraciones de las ideas, apenas si podemos tomar parte en el concierto general del humano pensar, sin embargo, al presente los que del arte viven ó se ocupan hallanse en estado de gran apasionamiento. Acaba de suscitarse una polémica de tonos agrios entre artistas de fama y un catedrático de Estética; y en esa polémica, sostenida en varios periódicos de importancia, pudo echarse de ver cuán cierto es lo de la confusión que existe en lo tocante á los rumbos que debe seguir el artista del día. Verdades y... equivocaciones han sostenido Sala, Martín Rico y Raimundo Madrazo, de una parte; de la otra el catedrático de Historia del Arte, Teoría y Estética, de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado, el pintor Sr. Arroyo. Pero en verdad debo decir que más equivocaciones afirmaron todos esos señores que verdades.

No digo por decir. El motivo de la polémica á que me refiero fué el nuevo programa para las oposiciones de las pensiones en Roma, y muy especialmente la parte teórica del citado programa. Divídese esa parte en otras tres, que son: Perspectiva, Anatomía y Estética, Teoría é Historia del Arte. Realmente, es una verdadera enormidad que el artista desconozca en absoluto lo más elemental de estas ciencias que concurren en alto grado á la mayor facilidad de la producción de la obra de arte. Desde este punto de vista, algunas de las razones que aducía en sus réplicas el Sr. Arroyo eran de las que, como vulgarmente se dice, no tienen vuelta. El artista que va á Roma, no á estudiar cómo se pinta ó se esculpe, sino á formarse un criterio que pudiera y debe llamarse estético, necesita entender lo que va á estudiar. Si el artista, según quieren algunos (y mucho me temo que no sean de ese número por lo menos Raimundo Madrazo y Martín Rico), no necesita para nada el estu-

dio de las grandes obras de arte de pasados siglos, en ese caso para nada tampoco se necesita la Academia de España en Roma, ni menos hacen falta museos, ni las investigaciones arqueológicas ni cosa que se le parezca; pero si aceptamos que todo eso es necesario (y no son menester muchos argumentos para probarlo), en tal caso el pintor, el estatuero, el arquitecto, no pueden desconocer las fundamentales nociones de la Perspectiva, de la Anatomía y de la Historia y Estética. Cuantos como los contrincantes del Sr. Arroyo deducen de sí mismos que al artista le basta saber manejar la paleta y el pincel ó el barro y el palillo, sacan á relucir al pobre D. Diego Velázquez como ejemplo de lo innecesarios que son para el que pretende producir arte todos esos conocimientos ó por lo menos una buena parte de ellos. Pero esos señores no quieren tomarse el trabajo de estudiar paso á paso al eximio autor de *Las Meninas*, pues de tomárselo, seguramente llegarían á saber lo que por lo visto ignoran; entre otras cosas, que Velázquez era un estético profundo, que conocía y se sa-



UNA VÍCTIMA, cuadro de José M.^a Tamburini (Salón París)

bía de memoria cuáles son los elementos primordiales de la belleza, á cuyo conocimiento debió no haber caído nunca en lo insulso, ni en lo inarmónico, cosa en que caen la mayor parte de los pintores; sabrían también que Velázquez, por lo mismo que no ignoraba cuáles son aquellas leyes del sentimiento que rigen, rigieron y seguirán rigiendo la especulación y la producción de lo bello, supo encontrar en la naturaleza la armonía de las sensaciones sensual y espiritual; armonía que no se consigue con solas audacias de color y «justezas» de línea, sino con un cabal conocimiento del valor de cada una de aquellas sensaciones. ¿Verdad que á ustedes, señores defensores de la necesidad de ignorar que tiene el artista para que produzca lo sublime, les parecerá griego lo que digo? Pues bien: este griego lo sabían á la perfección con Velázquez, Herrera el Viejo y Morales y Palomino y Jordán, como lo habían sabido Campaña y Berruguete, y no digamos Miguel Angel, Leonardo de Vinci, etc., etc., porque ya sería cosa de creer que no habían abierto ustedes en toda su vida un libro, ni estudiado como deben estudiarse las obras de todos esos grandes artistas. Ya sé que ustedes me van á sacar á relucir lo de que esos maestros no sabían jota de indumentaria; pero á eso les contesto que tales estudios de la Historia y de la Arqueología, apenas si fueron conocidos hasta hace poco tiempo (relativamente); y por otro lado debo decirles también que, especialmente en Alemania, hubo (y hay) pintores que prescindieron de la fidelidad histórica en ese particular, por razones que, por no hacer largo este artículo, hoy no expongo; pero que conste que son razones de orden perfectamente filosófico.

Ahora bien: si creo que defender á capa y espada lo de que el artista, para ser artista en toda la extensión de la palabra, es decir, artista en el fondo y en la forma, no necesita de la educación de sus dotes intelectuales y de aquilatar y depurar su sentimiento, es un verdadero desatino que por imperar brutalmen-

te nos ha traído de la mano á un hastío sin límites, puesto que no gozan en la contemplación de una gran parte de la obra de arte de hoy más que los sentidos, que es lo mismo que borrar la perennidad de la emoción estética, así también considero otro desatino el que se pretenda que el pintor ó el escultor necesitan saber cómo vestían los caldeos ó los asirios, cómo fueron desarrollándose las fórmulas artísticas y estéticas de los tiempos prehistóricos á nuestros días, cómo los griegos pensaban de la belleza y el concepto que de ésta tuvieron los indios y los egipcios, así como la influencia de la civilización del pueblo de Sesostris en los del Asia y en el heleno, por cuanto ni el artista necesita ser historiador, ni emular á Wundt, ni á Hegel, ni siquiera á Núñez Arenas, ni mucho menos aprender fórmulas estéticas, que varían como varían las sociedades y la cultura en general. Bueno que el artista tenga una idea somera de aquellas manifestaciones típicas del arte de los tiempos antiguos, puesto que en esas manifestaciones hay, como en las del arte de todos los tiempos, elementos plásticos y de concepto que es preciso tener en cuenta para no caer de bruces en una garrafalada histórica; bueno que el artista sepa que hay un más allá en el sentimiento y entendimiento de la belleza que el que buenamente pueda suponerse, y que para saber de ese más allá precisa distinguir de un modo concreto en qué y por qué se produce lo bello y cuáles son sus caracteres; pues de esta ignorancia venimos á pintar y esculpir esas señoritas con perros ratoneros, y esos monigotes llamados *bibelots*, que si por una suprema casualidad pueden aceptarse como un esfuerzo de paleta ó de palillo, tan pronto como los vemos se nos olvidan, sin que valga el socorrido decir de que habrán de tener valor histórico, pues dentro de cincuenta años, más que tales escuerzos (por la línea) valdrán los figurines de la *Moda Elegante*. Bueno, en fin, que sepa el artista algo de anatomía y un poco de lo que pudiera llamarse fisiología artística; pero que sepa cómo fué Adán anatómicamente considerado..., vamos, si es broma puede pasar. ¡Ah, si fuese esto solo; pero son tantos los..., cómo lo diré..., las, las cosas que vienen en ese programa, que no solamente huelgan, sino que ni aun los sabios en tales ciencias lo saben! Vaya, apuesto un duro contra un *perro chico* á que ni en Ebers, ni en Champolion, ni en Belzoni, ni en Mariette, ni en lady Edwards, ni en Peters, ni en ninguno de los egiptólogos más famosos encontrará el Sr. Arroyo un estudio ¡qué digo completo! ni á medias, en el cual se despeje la incógnita de dos cosas sencillísimas, al parecer, y que tienen influencia decisiva en las manifestaciones del arte egipcio y de los pueblos asiáticos: las doctrinas religiosas puramente del Egipto, y las épocas en que fueron producidas una gran parte de las obras de arte de este pueblo, del indio y del asirio-persa.

Pero vamos á ver, ¿qué es eso de Adán? Por lo visto el Sr. Parada y Santín ha resuelto ya las cuestiones interesantísimas y que vienen siendo objeto de polémicas empeñadas entre filósofos, geólogos, paleontólogos y teólogos. Una de esas cuestiones es de carácter dogmático, y que no por ser de carácter dogmático deja de tener gran valor científico, puesto que buen número de sabios, entre ellos Humboldt, creen á pie juntillas en la existencia de una pareja de la cual desciende el género humano; y siendo esto así, es fuerza creer lo que el Génesis dice, de que Adán fué creado por Dios á su imagen y semejanza. He aquí ahora una cosa sorprendente, una cosa inaudita: el Sr. Parada y Santín, al darnos razón del tipo étnico de nuestro primer padre y al describirnoslo anatómicamente, resulta describiendo étnica y anatómicamente á Dios. ¡Caracoles! Pero ¿no descendemos de una sola pareja, como quieren muchos otros sabios, del mono, según Darwin?; pues en ese caso, ¿qué diablos de anatomía es esa que le ha inventado el Sr. Parada (es decir, él no se la ha inventado, otros, si no estoy trascordado, se la inventaron antes) al primer hombre, si el tal no existió? ¿Y aquellas deducciones antropológicas que?..

Sí, créanme los Sres. Arroyo, Parada y Santín y aun el mismo Sr. Gonzalvo, catedrático de Perspectiva, que sabiendo tanto, hace preguntas tan incomprendibles como la de saber «en qué punto del cono visual reside el cuadro?» (!!) toda esa ciencia que en el programa para las oposiciones á las plazas de pensionados en Roma aparece en forma de interrogante huelga en sus cuatro quintas partes para el objeto dicho; y además, me indica dos cosas el afán de preguntar tanto: que no han llegado á meditar hondamente dichos catedráticos en el valor que cada una de esas ciencias encierra en sí, puesto que las creen asequibles á todo el mundo y á todas las inteligencias, y que pretenden hacer del arte lo que el arte no será jamás, ciencia.

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA (1)

A pocos de sus sacerdotes insignes debe la alma Poesía tanta gratitud como al egregio autor de *Don Alvaro*. Yo no sé si hay poetas artificiales, convencionales, artífices ingeniosos de la expresión divina de la belleza, aunque muchas veces, y en presencia de ciertas producciones, lo he pensado; pero sí sé que para ser verdadero poeta es necesario serlo por vocación, por organización: sí sé que *el poeta nace*, y sé también que el ser fiel á su modo de ser, á su difícil y complejísima inclinación, es para el poeta, sea cualquiera su condición, un mérito supremo. Y no conozco otro poeta más meritorio á este respecto que el gran duque de Rivas.

Todas las condiciones de su existencia parecían alejarle de su profesión poética desde el primer instante, y muchas de las sucesivas vicisitudes de su vida, las principales, lo exigieron así más tarde, aunque todas en vano. En primer lugar, su nacimiento, su educación aristocrática, su posición acomodada, esa facilidad del vivir brillante, que suele ahogar, con cierta triste lógica después de todo, la propensión literaria en espíritus poco diamantinos para la resistencia. La historia universal nos enseña que el culto de las Musas ha sido en la mayor parte de sus verdaderas autoridades una revancha contra la impía suerte; un producto, aunque bendito, de la necesidad; una forma, aunque excelsa, de la lucha por la vida. D. Angel Saavedra no tuvo esta lucha, pero abrazó aquel culto desde sus primeros años como el más necesitado, y supo hacer de su primitivo bienestar, ante todo y sobre todo, el auxiliar poderoso de su vida de poeta.

En segundo lugar, la Política, que es á la Poesía lo que el agua al fuego, no tuvo mejor éxito que la comodidad para eclipsar en el ministro, en el prócer, en el hombre de gobierno austero, ilustrado y respetado, al hombre de inspiración, al cantor eximio de *El moro expósito*, al autor de los monumentales *Romances*. Sus elevaciones, sus caídas en el seno de la gestión pública, sus ministerios, sus embajadas, sus discursos, sus apasionamientos de doctrina, sus goces y sus desdichas como hombre de partido, fueron igualmente inútiles para empequeñecer ó desvirtuar, ó suspender, si así puede decirse, las manifestaciones más altas de aquel gran carácter poético, muchas de las cuales aparecieron en medio de sus combates políticos.

Y aquel gran carácter poético que llenó su vida, correspondía en el hombre privado, por equidad de la Naturaleza, al mejor y más humano y más invariablemente agradable de los caracteres. No hay memoria en su ilustre familia, según he tenido el gusto de oír á uno de sus hijos, de haberle visto una sola vez incomodado. Recibía los vaivenes de la fortuna con la serenidad apacible del justo, ni había pequeñez mortificante que le alterase, ni dicha bastante para engreírle, ni desgracia para arrebatarle.

(1) Con el presente artículo inauguramos la serie de semblanzas íntimas de los más ilustres escritores y artistas españoles fallecidos en nuestro siglo, escritas por los primeros literatos contemporáneos, que sucesivamente iremos publicando en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

La historia de su matrimonio, que también hemos oído á uno de sus descendientes, es prueba plena á este respecto, que con placer vamos á compendiar en muy pocas líneas.

La insigne, virtuosa y respetabilísima dama que fué duquesa de Rivas, que fué digna compañera de la vida de nuestro vate, y que le sobrevivió hasta hace pocos años manteniendo el respeto á su memoria entre la mejor sociedad madrileña, que la veneraba, era novia y prometida del duque cuando tuvo éste que salir de España, perseguido, arruinado y condenado por el ciego absolutismo. ¿Cuándo tendría término aquella dolorosa separación de los amantes? Lo tuvo pronto, por la iniciativa de aquella esposa modelo, que se decidió á serlo contra todos los obstáculos y consejos adversos, y que fué á unirse en lazo sagrado con el elegido de su corazón en Gibraltar.

Aquella luna de miel no ha tenido ni es fácil que tenga muchas similares. Pasaron ambos esposos su primera parte en un miserable é incómodo barco carbonero, que tras larga y penosísima travesía lo desembarcó en la isla de Malta, donde aún viven los herederos de los que fueron sus agradecidos huéspedes. Yo he tenido ocasión de conocer en Oriente á uno de ellos, miembro de cierta familia Zamit para quien los duques de Rivas eran una memoria casi religiosa: la duquesa, según él, fué una santa, prototipo de caritativa rectitud: el duque, un modelo de caballeros españoles y de varones ilustres, digno en un todo de su admirable compañera.

El relato de aquella singular navegación nupcial era en labios del duque, según lo había oído Zamit á sus padres, de un interés conmovedor y de una originalidad exquisita. Afirmaban los dos héroes de aquella aventura, ella y él, que es conveniente pasar por pruebas tales en la vida, para comprender la sublime verdad de que la dicha puede existir en el propio seno de la desventura y del peligro. ¡Qué importaban, en efecto, al gran poeta ni el ostracismo, ni la pobreza, ni el mar rugiente que le rodeaba, llevando junto á su corazón á la realizadora de sus más puros ensueños de amor! ¡Qué importaban á la gentil y animosa belleza todas aquellas angustias, si las compartía con el inspirador de su ternura!

No sé por qué dejó de escribir el gran pensador esa bellísima página biográfica, que la posteridad hubiera de seguro recibir como una de las convincentes pruebas de aquella perpetuidad soñadora, que formó la esencia de su carácter. O, si por ventura la escribió, yo no he tenido el placer de verla, ni de oír hablar de ella siquiera. Pero tengo, en cambio, cabal y detallado conocimiento de cuáles fueron y cómo se escribieron y qué decían sus últimos versos, que voy á transcribir, seguro de que el lector de estas líneas me lo agradecerá. Preciso es, sin embargo, exponer, aunque sea en breves párrafos, los antecedentes que originaron la última manifestación poética del venerable maestro.

Las luchas de la vida política no pasan en balde ni aun para los caracteres óptimos, ni aun para los espíritus en quienes la ofensa, más ó menos real ó imaginada, más ó menos injusta ó excusable, está segura de hallar perdón y olvido, pasado el instante de su perpetración. No hay, no, mayor envenenadora de almas que la política, sin duda porque á cambio de las nobles pasiones de que puede acompañarse, lo hace también muchas veces, las más veces, de otras pasiones malas y terribles, cuyo rastro es indeleble. El gran duque de Rivas tuvo la desgracia de deber á la política, no diremos una enemistad eterna, pero sí un resentimiento personal de larga duración.

El duque de Rivas y D. Salustiano Olózaga habían sido amigos íntimos y cariñosos durante muchos

años. Pero los azares y los combates políticos los desunieron, y convirtieron aquella grande amistad, primero en hostilidad ardiente, y luego, andando el tiempo, en una separación y en una incomunicación fría y absoluta. Cuando el coloso de la pluma cayó, ya septuagenario, en su última dolencia, que fué una prolongadísima agonía, ya hacía mucho que el coloso de la palabra no existía, ni para su afecto, ni para su memoria; ya hacía mucho que ni se habían visto, ni oído, ni hablado, y cada uno cumplía en su cerrado hogar la inexorable ley de su decadencia.

En un día de aquellos llegó á la casa de la plaza de la Concepción una carta para el duque, para el ilustre y pobre D. Angel, que pasaba sus últimas jornadas en una postración completa, sin tener casi, más que á breves intervalos, conocimiento y conciencia de cuanto le rodeaba. La familia abrió aquella carta. Era del gran orador, quien pedía al gran poeta, en nombre del pasado que los vio quererse, su firma para un álbum que le remitía, para el álbum de su hija, de su única hija que se iba á morir pronto de una tisis galopante, y que lo deseaba con el suave tesón de un moribundo. La familia aprovechó el primer momento lúcido de D. Miguel y le dió cuenta de la misiva.

D. Angel pidió el álbum y una pluma, y con mano temblorosa escribió en aquél:

SI HOY Á LA VOZ DE LA AMISTAD NO CEDO,
ES QUE YA EL PESO DE LA EDAD ME ABRUMA:
PERDONA MI SILENCIO; MAS NO PUEDO
MOVER NI EL PENSAMIENTO, NI LA PLUMA.

Y estos fueron los últimos versos del gran vate; este fué el último canto del soberano cisne andaluz. Así se despidió de la poesía y de la vida, el que había vivido todos sus días, todas sus horas, todos sus instantes sin dejar de ser poeta.

S. LÓPEZ GUIJARRO



Este grabado corresponde al romance *El moro expósito* y está tomado de la edición de las obras completas del duque de Rivas, profusamente ilustrada por José Luis Pellicer y Apelles Mestres, que ha publicado esta casa editorial en dos lujosos tomos en 4.º

EL SEÑOR PRESIDENTE

(A Mariano de Cavia)

No se vaya á creer que, usurpando atribuciones á quien tenga en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el negociado de teatros, trato de examinar ahora el juguete cómico titulado *El señor Presidente*, escrito por dos periodistas madrileños muy jóvenes aún y ya muy famosos, y que representa en el teatrillo Martín el señor Manini; no, el señor presidente á quien me refiero es mi insigne tocayo el Sr. Cánovas del Castillo, al cual, según he oído decir por esos mundos, tratan de hacer presidente de la Academia Española, como si no bastasen y aun sobrasen, para molestarlo, las muchas presidencias que sobre sí tiene; porque el Sr. Cánovas lo preside todo.

Todos saben..., quiero decir todos los que piensan en esas cosas, que el actual presidente de la Academia de la Lengua es el conde de Cheste; pero los mismos todos saben también que el susodicho señor conde ha presentado, con carácter de irrevocable, la renuncia de ese cargo, indicando, como de pasada, al redactor su renuncia, que el ilustre jefe del partido conservador debía ser su heredero. El prócer académico, tan aficionado á los procedimientos antiguos, ha tratado, por lo que se ve, de resucitar aquel recurso de que se valían algunos emperadores romanos y muchos reyes visigodos para convertir en casi hereditarias monarquías casi electivas.

Los que pasan por bien enterados en cosas de la Academia dicen que la renuncia del conde no será admitida y que el veterano de las armas y de las letras españolas continuará presidiendo los actos de la docta corporación; pero como dicen lo uno, dicen lo otro, afirman que, si el traductor del *Dante* insiste en su dimisión, para sucederle en su cargo será elegido, sin duda alguna y sin oposición el ya repetido señor Cánovas. Y esto es precisamente lo que me desespera. — Y si desesperarme no, porque la cosa no es para tanto, me parece poco juicioso.

No desconozco los merecimientos literarios, políticos, científicos, filosóficos y morales y religiosos y de todas clases que en D. Antonio concurren; no le regatearía yo, si de mi competencia fuese otorgárselos, honores, distinciones, cruces y diplomas; pero ¿á qué darle más presidencias si ya no puede con las que tiene?

Porque nosotros los españoles somos así, nos empeñamos en que un ciudadano ha de ser presidente de esto y de aquello y de lo otro y de lo de más allá y, que quiera que no quiera, lo hacemos presidir Consejos de ministros y Consejos de administración de ferrocarriles; Academias y Asociaciones piadosas; Ateneos y Juntas de Beneficencia; *Comités* y Círculos de recreo; corporaciones científicas y hasta sociedades coreográficas; ¿y qué sucede?... Sucede que obligado ese presidente universal á presidirlo todo, no preside nada.

Concretándome ahora al caso de Cánovas del Castillo, recuerdo que es presidente (ó director, que para el asunto es lo mismo) de la Academia de la Historia, y que será — no sé cuando, pero lo será — presidente del Consejo de ministros, y es presidente del Círculo liberal conservador y ahora van á nombrarlo presidente de la Academia Española y presidente... ¿qué sé yo?, si es cuento de nunca acabar, — y ¿quiere decirme el que lo sepa, cuándo hace el insigne estadista los sombreros? — Porque, no hay que darle vueltas, por muy insigne y por muy talentado que sea un hombre, no tiene el don de la ubicuidad, ni puede conseguir que el día tenga más de veinticuatro horas, de las cuales — aun habiendo matado el sueño, como dice Shakespeare — necesita consagrar algunas al descanso del cuerpo, otras al esparcimiento del espíritu, varias á la alimentación y al aliño de la persona y bastantes al comercio social y al cumplimiento de deberes de cortesía y de etiqueta que la posición impone inevitablemente. Véase, pues, si tengo razón para sospechar que no podrá conceder la necesaria atención á su nueva presidencia.

Pero, señor, ¿no hay en España quien pueda presidir algo? ¿No tenemos ni en las Academias, ni en los Ateneos, ni en las demás corporaciones, una sola persona que valga para presidirlos?

¡Ay! Ese afán de buscar para todo presidente de *cartel* (valga la locución) ha hecho fracasar ya muchos nobles intentos y muchos propósitos laudables.

Ahí está, quiero decir, ahí debía estar el proyecto *non nato* del *Monte Pío* de la prensa, proyecto que murió en flor, *única y exclusivamente* — pueden ustedes creérmelo á mí, que lo sé de muy buena tinta, — *única y exclusivamente* por el empeño de buscar entre los egregios quien ocupase la presidencia.

El egregio, es claro, aceptó; esas cosas se aceptan

siempre; pero después de haber aceptado, ni volvió á pensar en los periodistas que le ofrecieron el cargo, ni se acordó más del *Monte Pío* de la prensa.

¿Y qué sucedió? Pues sucedió lo que tenía que suceder: los peluqueros, los cocheros de punto, los partidores de pan á domicilio, los mozos de café, cuantos en Madrid trabajan y de su trabajo viven, se asocian, se reúnen, se protegen mutua y recíprocamente; hasta los guardias de orden público fundaron (y han hecho perfectamente) su *Monte Pío*, solamente los periodistas ni se asocian, ni tienen *Monte Pío*, ni llevan trazas de tenerlo.

Comenzaron bien; pero acabaron mal, porque dieron en la manía de las Presidencias vistosas, y allí *finó* el pleito y en tal estado continúa.

Mucha consideración, sí, señor, mucho respeto, mucha atención á los grandes hombres que son honra y lustre de la patria; pero no les pidamos más de lo que humanamente pueden darnos, y sobre todo, no les obliguemos á que nos presidan, ni esperemos que nos protejan.

Vean mis amigos Cavia y Soldevilla si ha llegado el momento de volver á empezar lo que tan bien iba, tomando ahora distintos derroteros, y sobre todo no fijando la atención en lo que *vista* ó deje de *vestir* para el caso *el señor Presidente*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

VULGARIDADES SONORAS



Aseguran que el hombre está fabricado de tierra; pero yo más bien creo que la fábrica humana es de aire condensado. Y fúndome para ello en la gran resonancia que todo lo que es sonoro adquiere, al venir á reflejarse en el sér humano.

No ya el sentimiento, la misma inteligencia se deja persuadir por la sonoridad de los conceptos ó de las palabras.

Una palabra que suene bien y que esté bien escogida arrastra un pueblo entero; provoca una revolución; transforma una raza.

Todo consiste en que el sonido tenga muchas notas armónicas y que esas notas armónicas sean de las que poseen como factor común todos los hombres de una época.

Una palabra encierra á veces una gran idea, una gran verdad, pero es, por decirlo así, *mate*, carece de sonoridad; pues con todas sus profundidades será completamente estéril y nadie hará caso de ella, y como semilla rica en gérmenes de vida, pero que cayó en mármol pulimentado, allá esperará inútilmente el momento misterioso de la germinación hasta descomponerse en polvo que arrastrarán vientos y aguaceros.

Esto sucede hasta en las mismas ciencias; ha sucedido siempre en Filosofía; y sucede — más que en ninguna parte — en política; y tanto ó más que en política en crítica literaria, la gran región y el fecundo campo de las vulgaridades sonoras.

Entre éstas anda hoy muy en voga una que tiene, por lo visto, maravillosas resonancias según los ecos que despierta, no ya en el vulgo de los críticos, sino entre escritores de verdadero talento y de profunda erudición.

Es esta vulgaridad sonora á que me refiero la que por artículos, revistas y aun libros corre con este nobilísimo título *Los nuevos moldes*, sobre todo los nuevos moldes para la literatura dramática.

Y yo me he preguntado cien veces y otras cien — que tiempo hay para tanto desde que «Los nuevos moldes» viajan de incógnito por el mundo, — ¿qué moldes podrán ser estos que, á manera de nuevos Mesías, nos anuncian los grandes y pequeños profetas de la crítica?

Declaro humildemente que no lo entiendo; porque una de dos: ó no se quiere decir nada al emplear esta frase, ó se quiere decir un soberano absurdo.

Molde, según la Academia, es «la pieza en que se hace en hueco la misma figura que ha de tener — bajo forma sólida — la materia fundida que en dicho hueco se vacía.»

Luego la palabra molde se refiere única y exclusivamente á la forma.

No se refiere á la materia; no se refiere á la substancia; no se refiere á la esencia. Refiérese tan sólo á la apariencia exterior.

Un molde cilíndrico dará forma cilíndrica á la substancia que en él se moldee; pero esta substancia po-

drá ser cera; podrá ser hierro; podrá ser plata; podrá ser, en suma, toda materia que puesta al fuego se liquide.

Luego al decir con entonación sonora *los nuevos moldes del teatro* se dice una soberana vaciedad, tan grande como el vacío que el molde contenga.

Se tuvo la pretensión de lanzar á los cuatro vientos algo muy profundo y se lanzó la idea más superficial que en materia de superficies cabe. Porque un molde, después de todo, no afecta nunca al fondo; no penetra en lo íntimo; no llega á las honduras: se queda contorneando formas exteriores.

¿Qué pueden ser en el Teatro los moldes? No pueden ser otra cosa que las exterioridades, los contornos, la posición en el espacio y en el tiempo, de la obra dramática.

Por ejemplo, si se ha de dividir en actos y cuantos han de ser.

Si el acto se ha de dividir en escenas y de qué modo habrán de distribuirse según su magnitud, ni más ni menos que las hiladas de un monumento.

Si las escenas se han de componer de diálogos, sencillos ó múltiples.

Si la progresión dramática ha de ir creciendo hasta el fin de cada acto y hasta el fin de cada obra, por manera continua ó por manera ondulada.

Si los finales han de caer en los puntos más altos ó en los puntos más bajos de la ondulación dramática.

Si se ha de conservar la unidad de tiempo y de lugar sistemáticamente, ó si ha de romperse dividiendo cada acto en tantos cuadros como exija el argumento.

En fin, todo lo que se refiere á los límites, contornos y divisiones de la obra dramática.

Pero estos moldes son siempre los mismos con pequeñas y accidentales diferencias. El teatro griego; el teatro romano; el drama religioso de la Edad Media; lo mismo la sublime creación de Shakespeare, que la tragedia clásica; la comedia de capa y espada, de igual suerte que la comedia moderna francesa; todo cuanto es representador sucesos imitados de la vida real ó sucesos simbólicos; todo el arte dramático, en suma, está dentro de los mismos moldes. Porque estos moldes son inevitables: podrán ensancharse más ó menos, suavizarse de esta ó aquella manera sus contornos; pero siempre tendremos sucesos dialogados que expresen pasiones ó que expresen ideas.

O estos moldes de que se habla con tanto énfasis no son tales moldes, ó nada se consigue con ensancharlos ó encogerlos como se ensanchan ó se encogen los pliegues de un vestido.

Cambiar los moldes de la obra dramática es para mí empresa tan insensata ó tan ridícula como cambiar los moldes de la figura humana. No; el hombre prehistórico y el hombre moderno están dentro de los mismos moldes, y lo único que cambia y diferencia pueblos de pueblos, razas de razas y una civilización de otra civilización, son las ideas y los sentimientos que, conservándose idénticos en el fondo, se ensanchan y se multiplican y abarcan horizontes cada vez más extensos.

Pues una cosa análoga sucede con la literatura dramática y con todos los géneros literarios. O no cambian los moldes, ó cambian poco, ó sus modificaciones son secundarias. Lo que cambia es la masa hirviente de pasiones que en esos moldes ha de vaciarse.

Modificar los moldes es empeño pueril de unos cuantos que jamás han comprendido ni lo que constituye el fondo de la belleza artística ni lo que constituye el fondo de la obra dramática.

Ya explicaré esto más por extenso en ocasión más oportuna.

JOSÉ ECHEGARAY

LA PUNTILLOSA (episodio de 1818)

I

Aunque ya hubieran pasado los días de más fachendosa ostentación de aquellas rumbosas majas de que D. Francisco Goya con su castizo pincel y don Ramón de la Cruz con su apicarada pluma nos dejaron admirabilísimos retratos, todavía por los años de 1818, aunque escasos y un tanto adulterados, no dejaban de verse en Madrid algunos restos de un tipo llamado á extinguirse en no lejanos días en la mancha gris de una sociedad incolora.

De las muestras de que hablamos, una de las que con más vigorosa entonación había conservado los rasgos característicos del original, era María Pepa Jordán, más conocida por *la Puntillosa*, hermosísima hembra, cuya fama, rebasando los límites de la intrincada red de callejas que formaban los barrios del Rastro y la Arganzuela, se extendía lo mismo *re-*



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de F. Vinea

gumque turrís que *pauperum tabernas* á los más aristocráticos cuarteles de la corte del absoluto y felizmente restaurado monarca D. Fernando VII de su nombre.

De no muy alta estatura, pero sí dotada de toda la esbeltez compatible con un cuerpo más llamado á excitar con sus redondeces los sentidos, que no á elevar el alma á regiones ideales; de ese color trigueño que teniendo algo del marfil viejo no excluye la exuberancia de vida; de manos carnosas y mucho más finas de lo que sus nada pulcros trabajos pudieran hacer esperar, y de ojos rasgados y dormilones, en los cuales había todas las expresiones de la pasión, no era difícil buscar el cercano abolengo de María Pepa Jordán con una de aquellas majas que poco antes, lo mismo habían hecho desatarse en soporíferos madrigales á petimetres y currutacos de rizada chorrera, que avivar el odio al invasor que rugía en los pechos de manolos y chisperos de monillos de alamares, sombrero de medio queso y capotillo de mangas.

Y si en lo físico era muestra un poco arcaica de lo que había sido el bello sexo en las clases populares allá en los días de apogeo de Godoy y María Luisa, en lo moral nada desmerecía el fruto de lo que la corteza prometía.

Hija de un antiguo matarife, apenas tuvo tiempo de conocer á su madre, que murió al año escaso de venir ella al mundo, y de tal modo se hizo desde su infancia á no sufrir más yugo que el de su voluntad y á no obedecer otras leyes que las de su capricho, que creció y llegó á mujer tan en plena posesión de su libre albedrío, que aunque, por suerte, su natural bueno y honrado no la llevó nunca á abusar de su independencia, no fué ciertamente porque la intimidaran los enojos de su padre, á quien quería más que respetaba, ni mucho menos por miedo á romper con los hipócritas convencionalismos de una sociedad que miraba con el más soberano desprecio.

Para asegurar mejor aquella independencia, tan pronto como se vió en disposición de manejarse por sí misma, consiguió que su padre la tomara en traspaso un acreditado puesto de la plaza del Rastro, y allí, haciendo trono de la tabla en que despachaba menudos de vaca y tripas y livianos de carnero, se creyó reina más neta que lo era Fernando VII bajo el solio de Ataulfos y Alaricos.

Camarilla tampoco hubo de faltarla. La atractiva belleza que se había desarrollado en ella sirvió de cebo á las más heterogéneas clases sociales, y no había mañana en que en torno del modesto tingladillo en que movía sus manos cargadas de sortijas de aljófar, no se viera lo mismo al majo de patillada y morena fisonomía, que al acomodado menestral y al atildado lechuguino; no siendo raro que para que nada faltara á su esplendor se mezclaran allí en amigable consorcio las casacas blancas de los guardias valonas con las azules y verdes de los cuerpos de infantería, dragones y carabineros reales de los ejércitos de S. M.

Pero todo ello era tiempo perdido. Sin necios remilgos ni mentidas gazmoñerías, si aceptaba con cierto benévolo desenfado toda galantería, cuando las cosas tomaban rumbo más serio plegaba su boca tan altivo é irritado mohín, que puede tenerse por seguro que al pretendiente que á tal enojo daba margen no le quedaban en mucho tiempo ganas de volver á asomar las narices por la plaza del Rastro.

II

Sin embargo, es fama, y sabido es que la fama miente pocas veces, aunque sí algunas, que la que de esquivia tenía *la Puntillosa* perdió no poco de su prestigio al saberse que cierto pájaro de cuenta rondaba con asiduidad un tanto sospechosa el puesto de mondongo, no pareciendo ser recibido en él con el desabrimiento que tanto desesperaba á galanes con los que no podía pensar en competir en punto á apostura y gallardía.

Para saber que la persona á que nos referimos no tenía en su favor ninguna de estas dotes, basta apuntar que era aquel celeberrimo Pedro Collado, que ya en no muy cercanos días y merced á su rústico gracejo, ascendiendo de aguador de la fuente del Berro á confidente del entonces príncipe de Asturias, había tomado parte no poco activa en el motín de Aranjuez y en la emigración de Valencey, y aún conservaba no poco prestigio sobre el ánimo del que sin contradicción alguna encabezaba sus absolutos decretos con la conocida fórmula de «Fernando VII por la gracia de Dios, rey de España y de sus Indias.»

Raro era ya que el zafio cortesano que entre sus no pocos defectos no había contado en sus juventudes el de dar en rijo y enamorado, hubiera caído á sus años en la debilidad de aspirar á favores que no podían ser útiles en manera alguna á sus miras ambiciosas; pero como la maledicencia llega á expli-

círsele todo, no tardó en dar por cosa segura que no era por su cuenta por la que trabajaba el que nunca he sabido por qué era conocido en la corte con el apodo de *Chamorro*.

Y algo y aun algo de verdad debía haber en tales hablillas, cuando palaciegos de los mejor informados aseguraban que pocos eran los días en que cuando Collado ayudaba á vestir á S. M. no se oyera en la intimidad de la regia estancia el nombre de *la Puntillosa* mezclado á epigramas y chanzonetas no siempre del más delicado gusto.

III

No muy satisfecho debía andar *Chamorro* de sus gestiones, tuviera el objeto que tuviera, cuando cierta mañana, al entrar en los aposentos de S. M. Fernando, sin darle tiempo á desatarse en las burdas y ampulosas felicitaciones con que acostumbraba á dar los buenos días á su amo, le dijo con aquella burlona y llana sonrisa que ha hecho proverbial la historia:

— *Chamorro*, te vas haciendo viejo.
— Encanecer en el servicio de mi rey es mi mayor honra, contestó Collado con servilismo.
— Es que hay quien me sirve mejor que tú.
— Puede que tenga V. M. servidores más afortunados, pero no más celosos, respondió el ex aguador palideciendo.

— Prueba de ello es que lo que tú no has logrado en meses enteros hay quien lo ha conseguido en solo un día. Esta noche María Pepa me recibe en su casa.

Pedro Collado miró al rey con aire de duda; pero advirtiendo en el semblante del monarca que no había la menor sombra de burla en sus palabras, se mordió los labios con despecho, mientras su señor, sin duda por librarse de sus explicaciones, le mandaba imperativamente dar acceso en su cámara á aquellos de los cortesanos á que dispensaba la señalada honra de asistir á la última parte de su tocador.

Y lo peor no fué eso, sino que durante la audiencia, tal complacencia puso Fernando en humillar á su ayuda de cámara, de burlas tan sangrientas le hizo blanco, que aunque *Chamorro* tenía la epidermis tan dura que no solían molestarle los mayores sonrojos, tan pronto se vió libre de su servicio, nunca tan penoso como aquel día, salió de las regias habitaciones con humor tan negro y empecatado, que sólo sofocos recibieron de sus labios los cortesanos de escalera abajo, que siempre esperaban con memoriales y peticiones el paso de persona á quien tan altas distinciones dispensaba el árbitro de los destinos de España.

IV

Aquella noche, como otras muchas, el rey de España y de las Indias, envuelto en una ancha capa y confundiendo con el resto de los mortales, salía de incógnito de su real Alcázar, sin otra compañía que su fiel confidente y capitán de su guardia el Excelentísimo señor duque de Alagón.

Si sus facciones no hubiera ocultado cuidadosamente el embozo de grana, se hubiera adivinado que la empresa que le hacía renunciar á su ordinaria tertulia debía importarle por lo menos tanto como los más arduos negocios de Estado; pero bastaba ver la prisa con que cruzaba calles y calles para dejar comprender qué feliz resultado esperaba de la empresa que aquella noche acometía.

Por fin á la media hora de marcha y cuando ya se había internado en la red de callejas que pone en comunicación la plaza del Rastro con la de la Cebada, deteniéndose el de Alagón ante una casa de un solo piso y de menos que mediana apariencia exclamó:

— Aquí es, señor.
— Llama, murmuró impaciente el rey.

Pero sin necesidad de que el de Alagón obedeciera la orden, la puerta se abrió, y saliendo de ella hasta cuatro hombres enmascarados, de tal modo la emprendieron á palos con el bizarro capitán de guardias, que S. M., á quien ninguno de los agresores osó acercarse siquiera, acabó por emprender la retirada diputándole por muerto.

Aquella noche, Fernando, más mohino que otras veces, entró solo en su Real Palacio.

V

Cuando á la mañana siguiente Collado, que á juzgar por su azoramiento algo debía haber traslucido de la escena de la noche anterior, entró en la alcoba de S. M. á afeitarse, con gran sorpresa encontró á Fernando del mejor humor del mundo.

— Me han dicho, dijo después de gozarse largo rato con el azoramiento de su fiel criado, que el de Alagón se halla un poco indispueto. Cuando acabes

de vestirme no dejes de pasar á sus habitaciones á informarme del estado de su salud.

Y al cabo de un gran rato añadió:

— ¡Ah! Y no te olvides de decirle que el encarguito que recibió anoche estaba destinado á ti y que es mi voluntad que te lo devuelva íntegro. A cada cual lo suyo

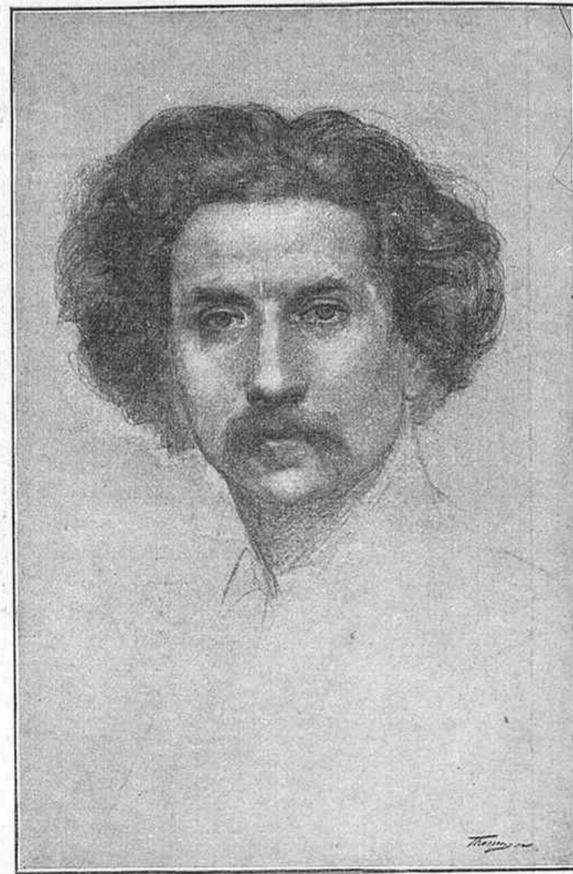
Y terminado aquel día su tocador, sin permitir que nadie entrara en la cámara, despidió con la mayor afabilidad á su ayuda de cámara, no sin recordarle la comisión que le había dado.

¡Que lástima que la historia no diga si el duque de Alagón cumplió fielmente el mandato del monarca!

ANGEL R. CHAVES

RAMÓN MARTÍ Y ALSINA

Los comienzos de la carrera del ilustre pintor cuya reciente muerte deja un gran vacío en el arte catalán, fueron los de tantos otros artistas que para seguir el camino adonde su vocación les llevara han tenido que desoir los consejos ó desobedecer los mandatos de aquellos bajo cuya potestad se han encontrado.



RAMÓN MARTÍ Y ALSINA
Vicedirector de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona
Murió el 21 de diciembre de 1894
Retrato al lápiz, dibujado por él mismo

Quiso el padrino y protector de Martí y Alsina, huérfano de padre desde edad muy temprana, que su ahijado cursara una carrera literaria; mas fué vano su empeño, y á los veintitrés años de edad ganaba Martí en reñidas oposiciones la cátedra de dibujo de figura de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona.

En la Exposición nacional de 1858 presentó, entre otros cuadros, *El último día de Numancia* y varios paisajes: el primero fué premiado con una tercera medalla y adquirido por el Estado, que lo conserva en el ministerio de Fomento; de los segundos dijo uno de los mejores críticos de la corte en aquel entonces que daban á su autor derecho para ocupar uno de los primeros puestos en el arte español.

Desde entonces siguió concurriendo á los principales certámenes y obteniendo en ellos altas y merecidas recompensas.

Martí y Alsina ha sido uno de los pintores que más han trabajado y que más han enaltecido el arte en nuestra región. El catálogo de sus obras es interminable, y las principales corporaciones y familias barcelonesas ostentan en sus galerías ó en sus salones hermosos lienzos á su pincel debidos, pudiendo decirse sin exageración que durante muchos años su firma monopolizó el mercado de Barcelona.

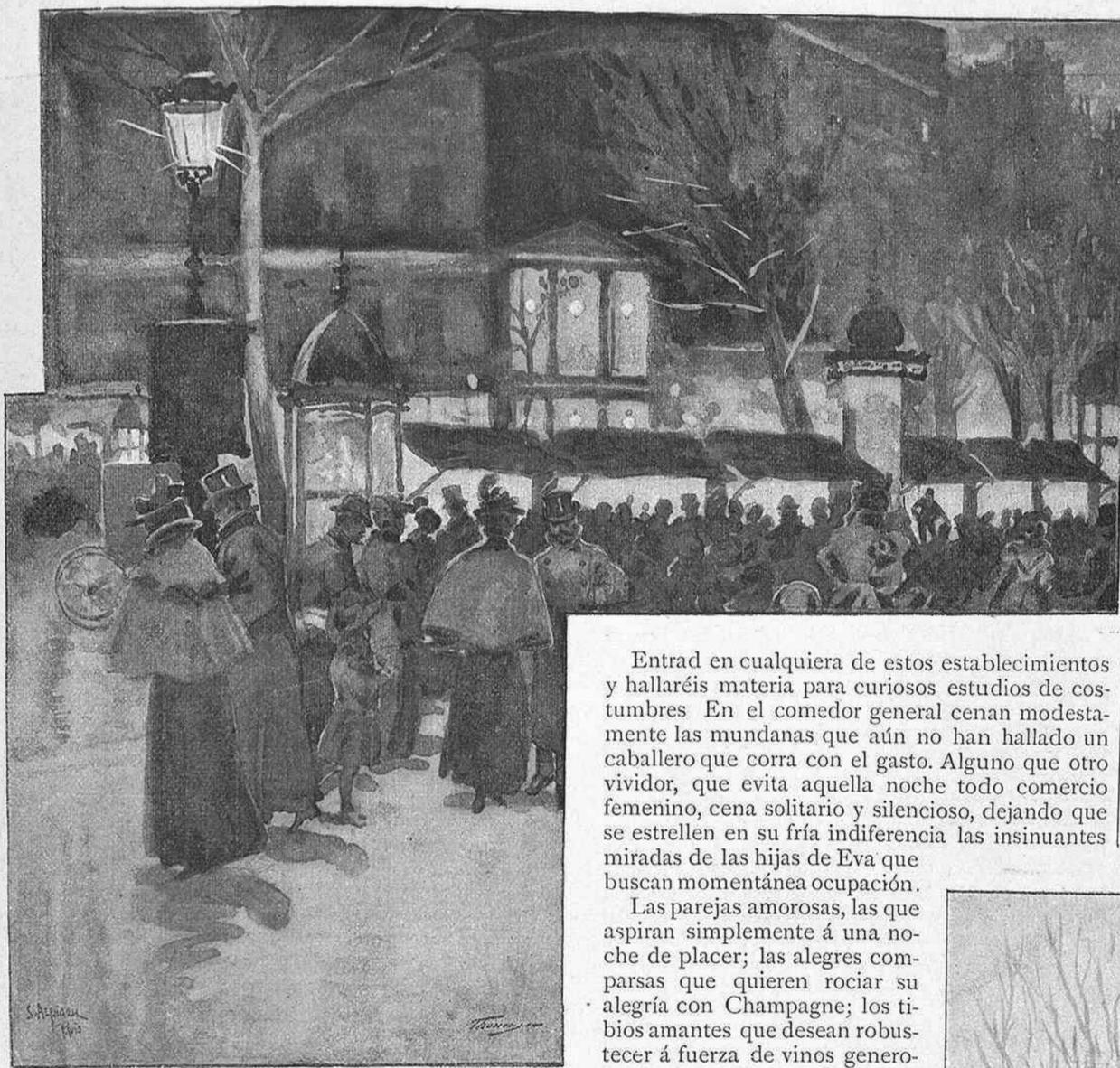
Para artista por temperamento y cultivaba con igual brillantez todos los géneros, el histórico, el de costumbres, el retrato, el paisaje y la marina.

De su talento como profesor son elocuente prueba los Vayreda, Urgell, Galofre, Pellicer, Miralles, Teixidó, y en una palabra todos esos artistas que fueron un día sus discípulos y que han figurado luego entre los primeros pintores de nuestra patria.

Mas con ser tantos estos merecimientos que por sí solos bastarían á justificar la fama a su nombre unida, todavía tiene Martí y Alsina otro título á la admiración y aplauso de la posteridad: él fué quien rompiendo las trabas que en su tiempo tenían aprisionado el arte, enseñó á nuestros artistas la verdadera senda por donde debían caminar; él fué quien haciendo caso omiso de académicos convencionalismos inició entre nuestros pintores el culto al estudio del natural; él fué, en una palabra, quien primero buscó sus inspiraciones en el aire libre y sus modelos en la realidad viviente, y si hoy la escuela catalana merece ser considerada entre las que marchan al frente del progreso artístico, debelo en buena parte á Martí y Alsina, que sentó las bases sobre las cuales se han desarrollado las modernas tendencias.

Martí y Alsina, que desde hacía años era vicedirector de la Escuela provincial de Bellas Artes de Barcelona, ha muerto á los 69 años de edad.

¡Descansen en paz el artista cuya obra llena una de las más gloriosas páginas de la historia artística española contemporánea!



PARÍS.—La Nochebuena en los boulevards, dibujo de S. Azpiazu

CRÓNICA PARISIENSE

¡Qué libro tan curioso podría escribirse sobre el espectáculo que presenta París desde Nochebuena hasta la Epifanía! Y la tarea sería tal vez menos difícil que condensar en un solo capítulo las impresiones que en el alma del observador produce este grandioso y animado cuadro.

Este año el frío es soportable, y sin grandes lluvias y sin nieve, los paseantes han podido recorrer los boulevards, donde el pequeño comercio ha instalado largas hileras de tiendecitas para la venta de juguetes, frutas, golosinas y chucherías de toda especie.

La gente menuda atraviesa la época del año más feliz para ella. Ninguno de ustedes será tan flaco de memoria que no recuerde con emoción la incomparable alegría experimentada en su niñez por el hallazgo del juguete ó de la caja de dulces en el misterioso zapato puesto la víspera en el balcón.

La gente grande también quiere sus aguinaldos, más ó menos útiles, más ó menos ricos.

Aquí han llegado á ser una obligación social los regalos de fin de año, y hay que elegir entre someterse á la costumbre-ley ó romper con las relaciones. Dura ley que arranca muchos suspiros y crea grandes apuros.

Aparte de los regalos que la amistad impone, hay que contar con un número infinito de aguinaldos más ó menos obligatorios. Es preciso dar sendas propinas al portero, á los criados de la fonda, al mozo del restaurant, al camarero del café, al cartero, al repartidor de periódicos, á los niños de clientes y servidores, á los acomodadores de teatro, al barbero, á los bebés y á los criados de los amigos; á todo el mundo. Porque todo el mundo pide; porque todo el mundo se cree con derecho al aguinaldo.

La Nochebuena es aquí muy parecida á la que se celebra en toda España. La gente va á la misa del gallo, para cenar después. Pero así como en las poblaciones españolas la alegría trasciende á la calle, aquí se manifiesta de puertas adentro.

El que atraviere los boulevards y observe que la animación no va mucho más allá de los límites ordinarios, podrá pensar que aquí no se rinde gran culto á esta fiesta. Pero hay que ver la algazara que los parisienses mueven en sus casas ó en los sordos salones de los restaurants en boga.

Entrad en cualquiera de estos establecimientos y hallaréis materia para curiosos estudios de costumbres. En el comedor general cenan modestamente las mundanas que aún no han hallado un caballero que corra con el gasto. Alguno que otro vividor, que evita aquella noche todo comercio femenino, cena solitario y silencioso, dejando que se estrellen en su fría indiferencia las insinuantes miradas de las hijas de Eva que buscan momentánea ocupación.

Las parejas amorosas, las que aspiran simplemente á una noche de placer; las alegres comparsas que quieren rociar su alegría con Champagne; los tibios amantes que desean robustecer á fuerza de vinos generosos los lazos de un afecto que empieza á debilitarse; las bandadas de amigos que llegan dispuestos á echar una cana al aire; los neófitos que eligen tan señalada noche para pasar el Rubicón; todo ese numeroso mundo heterogéneo y curioso cena en gabinetes reservados.

Y algunos de esos gabinetes pueden competir en lujo y elegancia con los *boudoirs* de las cortesanas de mejor gusto. Todo allí es bello y seductor; tapicerías de raso, doradas molduras, chimenea, piano, grandes espejos, soberbios cuadros, bronce y mármoles artísticos, plantas exóticas, suave temperatura, delicados perfumes, lujosa sillería, blandos almohadones, elegantes lámparas proyectando esa luz difusa que da extraordinaria morbidez á los rostros femeninos.

Y mientras todo un mundo corrompido y corruptor se embriaga en estos sitios de placer, derrochando el oro que tantas lágrimas podría enjugar y á tantos desheredados de la fortuna podría socorrer, oro acumulado por el sudor de un padre ó usurpado á la pobreza misma, cuando no es el premio del vicio y la prostitución; mientras tanto, en desmanteladas buhardillas, donde se siente frío y angustia, donde reina eternamente la miseria, los hijos del infortunio celebran la Nochebuena con un pedazo de pan y un mal chorizo comprado al fiado á una salchichera compasiva.

¡Qué enorme distancia entre el primer piso y el sotabanco! ¡Qué abismo tan profundo entre esas dos esferas de la sociedad!

El primer día del año es en Francia la fiesta de las fiestas. Su alegría debiera componerse de

casadas de oro en vastos almacenes, monumentales cuernos de la abundancia, de los cuales la mágica Industria hace brotar los productos más ricos y variados.

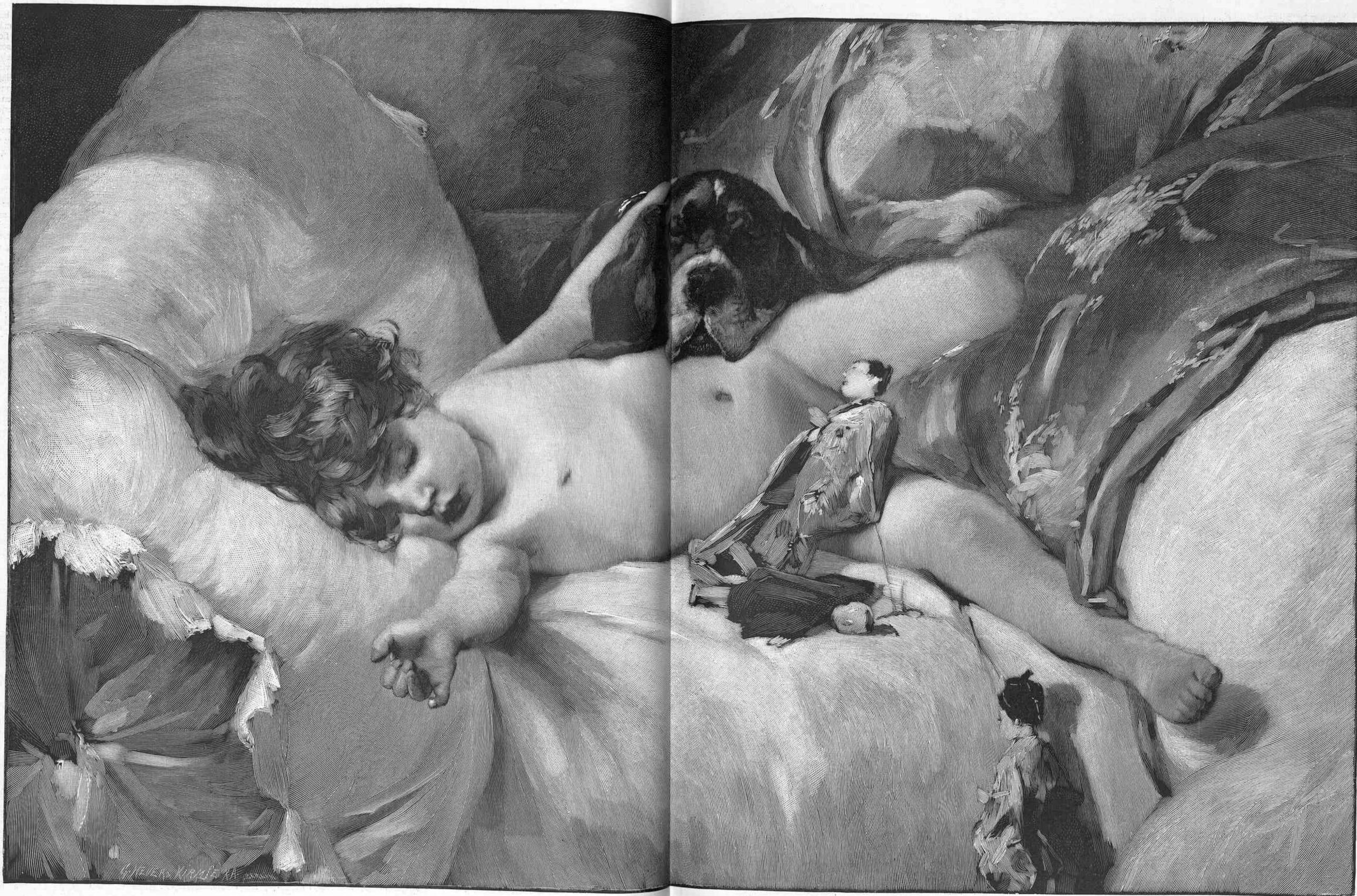
Esta fiesta escala los más altos pisos de las viviendas, y á semejanza de los dioses más traviesos de las leyendas indias, adopta mil encarnaciones para poner la pluma en todas las manos, echar tarjetas por debajo de las puertas todas, impedir á todo trance los más serios como los más frívolos negocios, y decretar un besuqueo universal entre los que se encuentran por primera vez en el año nuevo, sin distinción de sexos, categorías ni edades.

El día de Reyes es la última de las tres fiestas conservadas por esta sociedad más positivista que sentimental, que va relegando al olvido con su fe antigua y sus tradiciones las solemnidades del calendario. Fuera de estos días, el París moderno ya no tiene fiestas.

Michelet, el simpático y quejumbroso Michelet, se subleva, en una de sus obras admirables, contra el escepticismo dominante, y deplora en términos de conmovedora elocuencia la desaparición del conjunto de afectos y entusiasmos populares que se condensaban en esta sentida y religiosa expresión: ¡un día de fiesta! En la parte más subjetiva de su *Ban-*



PARÍS.—La víspera de Año Nuevo en los boulevards, dibujo de Salvador Azpiazu



LA MAÑANA DEL DÍA DE REYES, copia del cuadro de Bruno Figlheim, grabado por Heuer y Kirmse

quiere, libro póstumo, donde, más que en ninguna otra obra suya, se confunden la locura y la razón, produciendo ese algo inexplicable que da á su prosa el acento de una voz dulce y misteriosa que habla principalmente al corazón, el gran historiador del pueblo escribe: «¡La tristeza de mi alma proviene de que nunca tuve fiestas!» ¡Cuánta profundidad y cuánta melancolía encierra esta expresión!

¿Qué es una fiesta sino la comunión de un pueblo ó de una raza entera en la satisfacción de una obra realizada en común, ó la conciencia de un momento decisivo? Fecha de una victoria nacional para los pueblos guerreros; descanso entre los trabajos de dos estaciones en los pueblos agrícolas; símbolo místico de alianza entre el mundo sobrenatural y el mundo terrestre en los pueblos religiosos, el día de fiesta evoca y renueva una hora para siempre inmutable en la veneración de los hombres, donde todas las almas se han confundido en un solo movimiento de heroísmo ó de esperanza.

Pero esta comunión de una raza entera, pero esta fusión de todas las almas en un sentimiento único, ¿cómo ha de conmover á esta sociedad, dividida por el egoísmo en millones de individualidades distintas, como se divide en innumerables globulillos la gota de mercurio oprimida por el dedo?

Además un día de fiesta no se improvisa. Michelet se equivoca en la citada obra *El Banquete*, cuando opina que el Estado podría decretarlos. Aunque se sirviese al pueblo ese festín que imagina, en una mesa gigantesca, entre la plaza de la Concordia y el Arco del Triunfo, el acto no resultaría más que una comilona, porque le faltaría el carácter íntimo y grandioso á un tiempo, familiar y nacional que tienen las verdaderas fiestas que venimos celebrando desde la infancia para seguir rindiéndole íntimo culto hasta el fin de nuestra vida.

En esta sociedad que ha roto con sus tradiciones é ignora su porvenir, las generaciones presentes, tan distintas de sus antepasadas, han perdido el poder de asociar en un mismo impulso el pasado, el pre-

terfísico, cuando salta á los ojos el motivo por que han sobrevivido estas fiestas de principio y fin de año? El secreto está en que son principalmente las fiestas de los niños. Esto basta para que sean inmortales como los Cristmas del Norte.

El hombre más desengañado de la ilusión universal, el más abrumado por el pesimismo que invade á Europa, dejará á un lado su análisis y su ironía cuando esta ironía y este análisis puedan dirigirse contra la infancia.

Las revoluciones podrán sacrificar las costumbres en aras de los nuevos ideales, como los antiguos sacerdotes sacrificaban vidas en aras de los dioses; la incredulidad sarcástica podrá deshojar una por una todas las flores de ese árbol místico que se llama el Año Cristiano, como en otros tiempos las hijas de María, vestidas de blancas túnicas, deshojaban rosas en las procesiones; nada habrá que destruya estas fiestas de la infancia, en las cuales los hombres se confunden con los niños.

JUAN B. ENSEÑAT

NUESTROS GRABADOS

Bernardo Rico.—La vida del que fué ilustrado y digno director artístico de *La Ilustración Española y Americana* estuvo íntimamente enlazada con el progreso de las bellas artes y en particular del grabado en España. Comenzó Rico ilustrando algunas obras y colaborando con éxito en la *Biblioteca Ilustrada* y *El Museo Universal* que publicaban en Madrid los conocidos editores Gaspar y Roig; siguió luego dando muestras de su valía y de sus constantes adelantos en el *Semanario Pintoresco* y en *La Ilustración de Madrid*, y acabó por colaborar asiduamente y dirigir el importante periódico que fundó D. Abelardo de Carlos, en el que junto á los grabados, que por su carácter de actualidad suponen una actividad asombrosa, ha publicado multitud de trabajos que por lo acabados justificaban la notoriedad por Rico alcanzada en su difícil arte.

Sus ocupaciones periodísticas, con ser muchas, dejábanle, sin embargo, tiempo para dedicar buena parte de su talento y espíritu de iniciativa á otras tareas con el arte relacionadas, habiéndose debido á él la fundación de la sociedad artística *La Acuarela*, y habiendo contribuido en principalísimo término á la prosperidad del actual Círculo de Bellas Artes de Madrid, del que fué presidente durante ocho ó nueve años y en el cual ha de dejarse sentir su falta por mucho tiempo.

A la amabilidad de *La Ilustración Española y Americana* debemos el retrato que publicamos, el mismo que ha figurado en sus páginas á raíz de la muerte de Bernardo Rico: al darle las gracias más expresivas por tan señalado favor, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se asocia de todo corazón al sentimiento que hoy embarga á nuestro querido colega madrileño, al que enviarnos nuestro más sentido pésame por la pérdida que con el fallecimiento de su director artístico acaba de experimentar.

Una víctima, cuadro de José M. Tamburini (Salón Parés).—Un asunto sencillo y trivial ha dado lugar á Tamburini para producir un nuevo cuadro, agradable y simpático, como todos los que brotan de su paleta. Sea cual fuere el tema que escoja este inteligente y culto artista, siempre causa admiración por la elegancia del trazo, por la delicadeza de tonalidad y el sello de distinción que sabe imponer á todas sus producciones. No por eso olvidase de lo que á la naturaleza se debe, pues concienzudo, como pocos, estudia el natural, permitiéndose únicamente elegir ó escoger lo que presenta más caracteres de belleza, huyendo de todo cuanto pueda resultar antipático y desagradable. Tamburini no se limita á resolver problemas pictóricos, es ante todo artista, y como tal siente, piensa y discurre.

El cuadro á que nos referimos llamó justamente la atención del público en el Salón Parés, en donde figuró expuesto recientemente.

Cabeza de estudio, cuadro de F. Vineá.—Hay en este lienzo del notable pintor italiano un sello de distinción y de elegancia que cautiva: ese lindo busto envuelto en tenues gasas que dejan adivinar bellezas de forma mal ocultas y de entre las cuales surge un rostro lleno de expresión y de delicadezas de línea, es una verdadera maravilla que no se cansa uno de contemplar y merece figurar entre las mejores obras de Vineá, muchas de las cuales hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

La mañana del día de Reyes, cuadro de Bruno Piglheim.—El autor de este cuadro, fallecido en 15 de julio último, era uno de los más notables artistas de la famosa escuela münichense: nació en 19 de febrero de 1848, en Hamburgo, y desde muy joven se dedicó al arte escultórico, cuyas primeras lecciones tomó en su ciudad natal perfeccionándose después en la Academia de Dresde y en el taller de Schilling; mas en un viaje que hizo á Italia sintió despertarse su verdadera inclinación, y desde entonces se consagró á la pintura, que estudió primero en Weimar bajo la dirección de Panwels y luego en Munich bajo la del profesor Guillermo Diez. Desde entonces Piglheim fijó su residencia en la capital de Baviera. Dedicóse al principio de su carrera á la pintura elegante, ligera, reproduciendo en sus cuadros figuras femeninas graciosas admirablemente trazadas; pero en 1879 demostró que su sentimiento artístico armonizábase más con lo trágico y su *Moritur in Deo* le colocó de pronto á la altura de los grandes genios. Ese cuadro, que representa al Salvador expirante en la cruz y recibiendo en su frente el celestial beso de un hermoso ángel, se encuentra en la Galería Nacional de Berlín y es de aquellas obras maestras cuya impresión no se borra nunca de la mente del que una vez la ha contemplado. Una de las creaciones más grandiosas de Piglheim fué el colosal panorama de la Crucifixión de Cristo que en Viena destruyó un incendio. Entre sus otras muchas notables obras de este segundo período de su actividad merecen especial mención su *Serpelio de Cristo* y su *Ciega*. Bruno Piglheim había obtenido las primeras recompensas en las más célebres exposiciones, y cuando en 1892 surgió la secesión de los artistas münichenses fué nombrado presidente de aquel

grupo que hoy iguala, si no supera en importancia, al de los llamados ortodoxos. En suma, el autor del cuadro que hoy reproducimos y cuyas bellezas no hemos de ponderar porque por sí solas se alaban, ha sido uno de los más justamente celebrados pintores contemporáneos, y su muerte, que significa una gran pérdida para el arte alemán, ha sido sentida por cuantos, sin distinción de nacionalidades y escuelas, rinden culto á los grandes ideales artísticos.

TERESINA LABRIOLA

Hija del profesor de Filosofía, Historia y Pedagogía de la universidad de Roma, Antonio Labriola, uno de los jefes del socialismo científico italiano, cuenta en la actualidad Teresina veinticuatro años. Su educación é instrucción, así como la de un hermano suyo, corrieron á cargo de su madre, descendiente de una noble familia pomerania, la cual tan bien supo cumplir su cometido, que ambos pudieron ingresar en la universidad sin haber visitado la escuela y sin haber recibido de su padre otras lecciones que las de las lenguas antiguas. Siendo muy niña apren-



La señorita Teresina Labriola, doctora en Derecho de la Universidad de Roma

dió á leer sola, y á los ocho años se apasionó tanto con la lectura de una traducción alemana de Homero, que ni de noche soltaba el libro que en cuanto acababa volvía á empezar. Los dos hermanos tenían los mismos gustos é inclinaciones y ambos emprendieron la carrera de Derecho, en la que Teresina alcanzó siempre las mejores notas. El tema del discurso de su doctorado ha sido *El matrimonio en el Derecho*, tratándolo desde el punto de vista histórico comparativo y estudiándolo también bajo el aspecto ético psicológico. Con la misma brillantez desarrolló las dos tesis reglamentarias que le señaló el tribunal.

Teresina Labriola es la primera mujer que ha recibido en Roma el grado de doctora, y como en Italia no se permite á las mujeres el ejercicio de la abogacía, probablemente se dedicará á los estudios jurídico-científicos, hasta que llegue la ocasión, que dadas sus prendas físicas y morales no tardará de fijo en presentarse, de estudiar y ejercer prácticamente los deberes y los derechos anejos á la institución que le sirvió de asunto para su tesis doctoral.

MISCELÁNEA

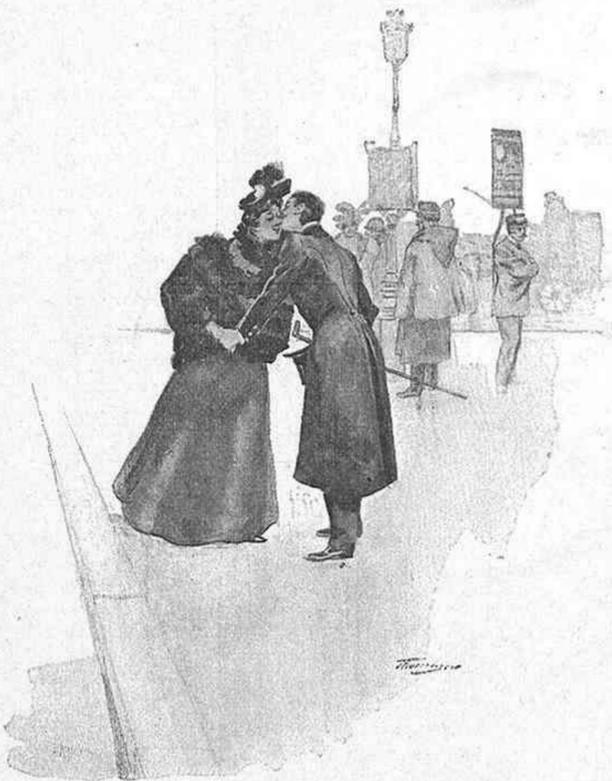
Bellas Artes.—SALZBURGO.—En la décima exposición anual celebrada este año en la Casa de Artistas se han vendido por valor de 32.000 florines (80.000 pesetas) 105 obras, de ellas 40 de autores austriacos y las restantes de alemanes, italianos y franceses.

COLONIA.—Para el Museo se ha adquirido en la subasta de la colección Baudot verificada en Dijon un retablo procedente del antiguo convento de cartujos de aquella ciudad, una de las mejores obras del arte borgoñón, debida á Melchor Broederlam, pintor de Felipe el Atrevido, que ha costado 9.000 francos.

Teatros.—Madrid.—Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa *Sofía*, drama en tres actos del Sr. Cavestany, que aunque algo falso en su punto de partida tiene un plan bien combinado, abunda en situaciones de efecto y está bien escrito; en Parish *Eclipse de luna*, opereta en tres actos muy bien arreglada del francés por los Sres. López Marín y Pardo con bonita música de Audrán; y en Romea *La Menegilda*, gracioso juguete de Larra y Gullón con música muy agradable del maestro San José.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Liceo la preciosa ópera de Massenet, *Manón Lescaut*, que ha constituido una verdadera solemnidad artística, tanto por las innumerables bellezas de la partitura, que es indudablemente una de las mejores de su autor, como por la ejecución que ha tenido, especialmente por parte de la señora Darclé, del tenor Masin y del maestro director, Sr. Spetrino; en el Principal *Servicio obligatorio*, graciosísima comedia en tres actos, arreglo de *Champignol malgré lui*, hecho con gran talento por el Sr. Pina y Dominguez; y en Novedades *De dos un*, chistosa pieza en un acto de D. José Barbany, y *La gran reforma*, revista de espectáculo en tres actos y diez cuadros, escrita con mucha gracia por G. Gumá.

Necrología.—Han fallecido: José Grandt, escultor italiano, el principal representante de la escuela escultórica lombarda contemporánea. Augusto Burdeau, presidente de la Cámara de diputados francesa.

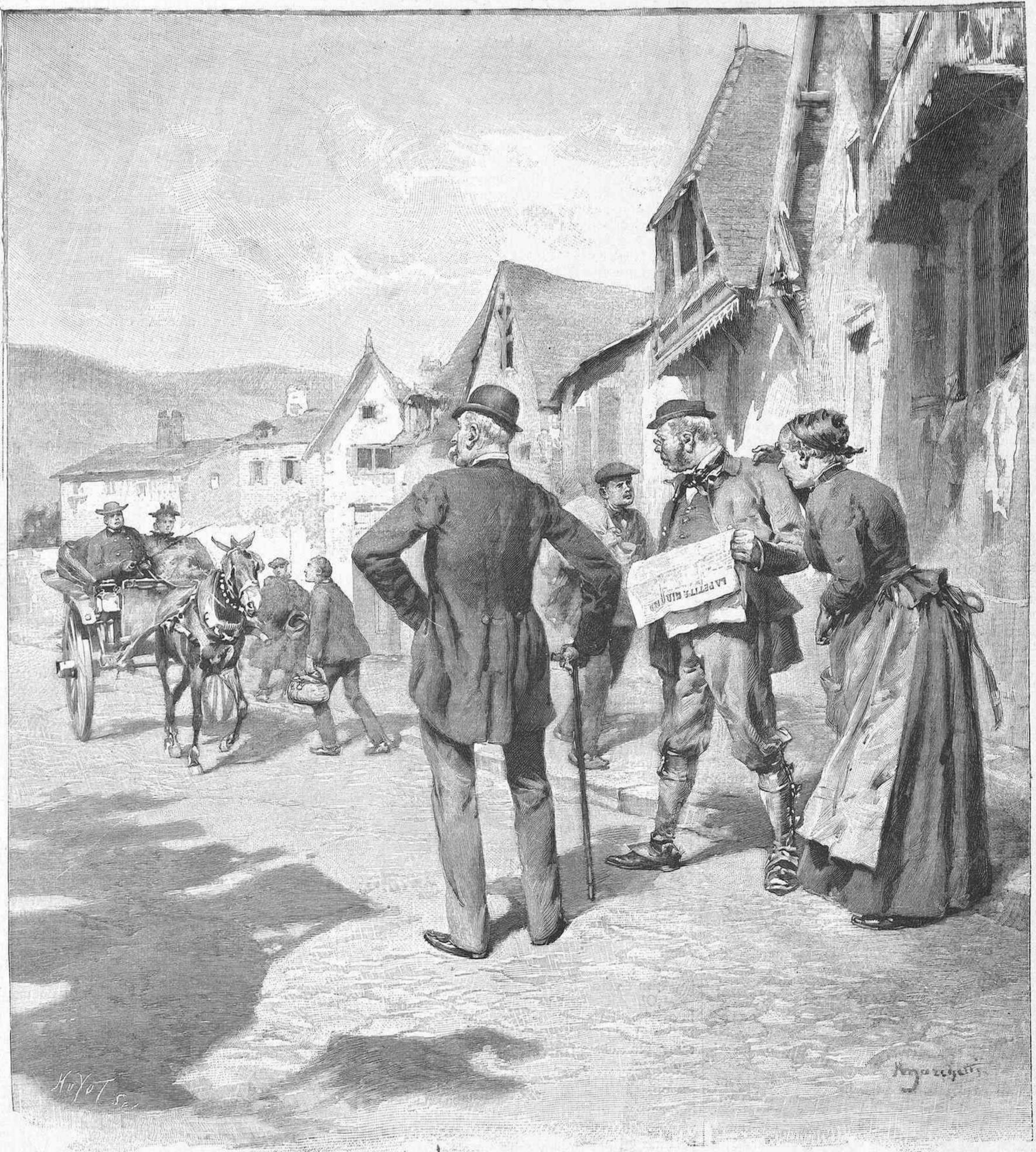


PARÍS.—El beso de Año Nuevo, dibujo de Salvador Azpiazu

sente y el porvenir. A través de los vaivenes de nuestro pensamiento de un extremo al otro de las doctrinas, no sólo nos separamos de nuestros semejantes, sino que también con harta frecuencia de nuestra propia personalidad. ¿Quién es hoy el mismo que era hace veinte años?

No sé si es ilusión de poética fantasía; pero se me figura que en este naufragio universal de las fiestas, las únicas que han sobrevivido y parecen destinadas á no desaparecer, son precisamente las que coinciden con la muerte de un año y el nacimiento de otro. Si son supersticiones, ¡cuán naturales resultan en el hombre, y cómo se imponen, lo mismo á los cándidos que á los escépticos! Para aquéllos, un año nuevo es la ilusión de una nueva vida. Para éstos hay en tales supersticiones una especie de culto secretamente rendido á la última divinidad adoptada por los anarquistas, á esa fuerza, misteriosa como la vida, que se llama el Tiempo y que, en su obra de destrucción y renovación eternas, arrastra hacia lo desconocido al universo todo, y á nosotros con él.

Pero ¿á qué buscar tan lejos una explicación me-



¡Ah! ¡Ya viene el padre Bordes!, exclamó la encargada de la cartería poniéndose las manos sobre los ojos á guisa de visera

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

Al Pico de Anie, al Olimpo de los vascos, á la hermosa pirámide azul que domina mi país natal, á la orgullosa cima que mis abuelos admiraron y que mis descendientes admirarán después, dedico esta humilde obra, escrita con piadosa mano por un simple amigo de las montañas. — JUAN RAMEAU.

I

En su verde valle y entre sus nevadas montañas, el burgo de Aigues-Vives se despierta alegremente, acariciado por las brisas de abril.

Es un burgo pirenaico, cuyas casas con tejados de pizarra azulada forman líneas sinuosas á lo largo de dos torrentes, el de Ribenac y el de Montmirailh; estos atrevidos arroyos se unen al pie de la iglesia, entrechocan sus claras aguas con estrépito, y después se van juntos á murmurar en grutas sonoras, ó azotar con su espuma las superficies sonrosadas de las rocas.

Sobre un montecillo pedregoso concéntrase lo que llaman la Antigua Villa, es decir, unas cuarenta cabañas sombrías, agrupadas en desorden á la orilla de un escabroso sendero.

En el verde valle, la Nueva Villa ostenta sus construcciones simétricas, su hotel de Inglaterra de cuatro pisos, que se eleva, con su aspecto casero, en un parque lleno de pinabetes, y su establecimiento termal, edificio de pesada construcción que se apoya dignamente en columnas de mármol.

Cuatro ó cinco mil extranjeros, viajeros ó bañistas, suelen residir en Aigues-Vives durante la estación veraniega; mas en invierno, y hallándose dicho punto situado á ochocientos cincuenta metros de altura, el burgo se despuebla poco á poco; el hotel de

Inglaterra cierra sus puertas; las casas de huéspedes con sus postigos cerrados duermen como marmotas; los fondistas y los cocheros emigran hacia las ciudades de la llanura; los guías vuelven a ser pastores ó carniceros, y solamente quedan en Aigues-Vives ciento cincuenta indígenas, cuando más, entre sus tristes montañas, que cubiertas de nieve se elevan hacia un cielo sin sol.

Pero vuelve la primavera; el cenit se aclara, la nieve se derrite, los torrentes crecidos dejan oír su voz con más fuerza, los montes se despojan de su velo de nubes grises, que parecen arrojar lejos de sí, y el sol ha mostrado por primera vez, en la mañana que comienza nuestra historia, su voluminosa cabeza redonda, iluminando las crestas del Montmirailh...

¡Qué dulce es el cambio en el pequeño valle! Los añosos álamos se revisten de verde, los pinabetes parecen estremecerse, sacudiendo la escarcha de sus ramas, los prados toman los matices tornasolados de la felpa, y por todas partes corren aguas vivas. En las pendientes cubiertas de hierba serpentean los manantiales; impetuosos arroyos cruzan por sus ruinosos molinos, y cascadas deslumbradoras chocan contra las rocas, haciendo flotar en su espuma los ricos colores del arco iris.

En el camino de Pierrefitte se oye el sonido de cascabeles; un cabriolé avanza presuroso, conduciendo al gerente del hotel de Inglaterra, que hace su entrada en el país, y las criadas de Aigues-Vives asoman la cabeza á la ventana para saludarle.

— ¡Conque ya está usted entre nosotros!, le dicen sonriendo.

— ¡Sí, sí, ya estoy de vuelta!

— ¡Vamos, pues buenos días, Sr. Cazaubon!

— Buenos los tengáis, amigas mías!

El cabriolé da la vuelta rápidamente, tomando la dirección del parque de los pinabetes; pocos minutos después las ventanas de los cuatro pisos se abren sucesivamente, y el hotel inmenso parece bostezar por sus sesenta y tantas bocas.

Pero las criadas han vuelto la cabeza otra vez hacia el camino de Pierrefitte para ver llegar otros nuevos conocidos: primeramente es un burrero, que vuelve al burgo haciendo chasquear su látigo sobre los cuadrúpedos remozados; después viene el propietario del casino, que acude para pintarrajar la fachada del edificio; sigue el ómnibus en combinación con el ferrocarril, que se anuncia por su eterno estrépito de hierro viejo; y últimamente, con gran tumulto de campanillas, que resuenan cadenciosas en el camino luminoso, vuelve el primer rebaño, es decir, doscientas ó trescientas ovejas, marcadas de rojo, que balan sin cesar, y que un peludo mastín acosa, ladrando de contento.

— ¡Hola, ya estás de vuelta, Bacanere!, le dicen al pastor.

— ¡Sí, sí, héteme aquí de nuevo!

— ¡Vamos, pues que los tengas felices!

Y varios chiquillos cuentan los corderos, que aturdidos se oprimen contra sus madres; mientras que el carnero, honrado con la campanilla más grande, adelantase con gravedad, elevando sobre sus compañeras sus grandes cuernos soberanos.

El desfile continúa: llega el frutero de la calle de Gambetta, el cafetero del *Curso de las Termas*, el coronel retirado de la plaza Alta y el fotógrafo del boulevard del Mediodía, que hacen su entrada en Aigues-Vives-les-Bains. Y la pequeña villa, donde durante seis meses apenas se ha oído más que el murmullo de sus arroyos, el rumor de sus fuentes y la queja plañidera de sus pinabetes azotados por el cierzo, se reanima, se puebla de nuevo; óyese el rumor de los pasos de los peatones, el continuo rodar de los carricoches, y sobre las frágiles casucas con tejadillo de pizarra elévanse las columnas de humo. Se hubiera podido observar que la mayor parte de las personas que llegaban, así como todas las que habían quedado, eran raquílicas ó feas, achacosas ó repulsivas, porque en ese país magnífico la naturaleza egoísta parece haber descuidado las especies vivas para apropiarse todas las fuerzas y todas las gracias.

Así sucede generalmente en las altas montañas. Para que los frutos sean sabrosos y las mujeres seductoras se necesita sol y horizonte.

Sin embargo, en un cabriolé de dos asientos, tirado por una mula flemática, aquella mañana se vió la silueta de una mujer muy linda. Era una joven, vestida con traje claro, que regresaba á Aigues-Vives en compañía de un sacerdote barrigudo.

— ¡Ah! ¡Va viene el padre Bordes!, exclamó la encargada de la cartería, poniéndose la mano sobre los ojos á guisa de visera.

— ¡En efecto!, contestó el coronel retirado, cuyo reumatismo se exacerbaba con la impresión del aire; pero ¿quién es esa hermosa muchacha que le acompaña?

— Debe ser su sobrina, se aventuró á decir maese Lacrabe, alcalde de Aigues-Vives, que leía con mucha seriedad la *Pequeña Gironde*.

— ¿Qué sobrina?

— ¡Bien lo sabe usted! Aquella niña que vino cuatro años hace.

— ¡No es posible! ¡Pues si esa es toda una mujer! ¡Y qué aspecto!.. ¡Pardiez!

Los comentarios no pasaron de aquí, porque el cabriolé estaba ya muy cerca, y un momento después pasó ruidosamente tirado por la mula flemática y cansada, que quería pararse, como una comadre, delante de todos los conocidos que encontraba en el camino.

— ¡Anda, anda *Chula!*, gritaba el cura, hostigando al cuadrúpedo con sus bridas.

Pero la mula había visto á la encargada de la cartería, al señor alcalde y al coronel, y adivinando que esta gente deseaba dar la bienvenida á su amo, no hizo aprecio de las órdenes de éste, y aflojó el paso.

— ¿Conque se ha decidido usted á dejar Argelez?, preguntó el viejo retirado con su voz más clara.

— Así es, mi coronel.

— ¡Vamos, vamos, pues que usted lo pase bien, señor cura con la compañía.

Y el coronel vió, como en un relámpago sonrosado, un fresco rostro que se volvía vivamente para contestar á su saludo.

— ¡Picarilla!, dijose el antiguo veterano, enderezando su pierna que el reuma le obligaba á tener algo encogida.

La mula emprendió de nuevo el trote, y después detúvose delante del *Restaurant de la Paz*. La joven saltó ligeramente á tierra, y un criado llegó para coger las bridas, dando la mano al sacerdote para que se apeara.

— Desengancha, Touton, dijo el padre Bordes, y lleva el cabriolé al cobertizo.

— ¿El señor quiere subir á pie hasta Gargos?

— Sí. Carga esta maleta en la mula y vuelve al presbiterio cuanto antes. ¿No ocurre nada nuevo allá arriba? ¿No se ha presentado aún la avalancha?

— No, señor; no hay más que la de Montmirailh, que cayó ayer.

— ¿Ha sido juiciosa?

— Sí, señor; nadie ha sufrido daño.

— ¡Vamos, tanto mejor, tanto mejor!

El sacerdote cogió el breviario y dijo á su compañera:

— ¡Por aquí; vamos pronto! Se necesitan tres cuartos de hora largos para llegar allá arriba.

Y se llevó á la joven consigo hacia una callejuela oscura, un poco molestado por los vecinos de Aigues-Vives, que aflúan de todas partes á fin de verle pasar en compañía de tan linda joven.

Las montañas, con su cuerpo arqueado, raquílicas ó con bocios, estaban á la puerta de sus miserables chozas y charlaban á cual más sobre la sobrina del cura.

— Es del llano, decía una.

— Sí, es la pequeña Jacobita, que saltaba á la cuerda con mi ahijada cuatro años hace, observó otra. ¿No os acordáis de ella?

— ¡En efecto, cómo ha crecido!

— ¡Oh! Allá abajo, por la parte de Pau, suben como la espuma. Se vuelve la cabeza y encuéntrase una mujer en vez de una chiquilla. Es cosa de la tierra, que así lo quiere. ¡Allá abajo hay mucho fuego!

El sacerdote oía estas frases de las montañas; pero lo que le enojaba era la expresión de los montañeses. ¡Qué admiración se revelaba en sus ojos, y qué curiosidad en sus bocas abiertas! Todos se volvían, todos pronunciaban con cierta petulancia las palabras «¡Buenos días, señor cura!» ¡Y cuántas cosas decían! Pero no era solamente la gente ruin la que se extasiaba, pues lo mismo les sucedía á los ricos, á los elegantes y á todos los ociosos del lugar. El Sr. Cazaubon, gerente del hotel de Inglaterra, comenzó á guiñar los ojos de un modo extraño delante de la verja de su parque; y en la encrucijada de la calle de Gambetta oyó de improviso una exclamación enérgica: era el doctor de las Termas, antiguo interno de los hospitales de París, que llegaba en su velocípedo.

La verdad es que la señorita Jacobita, sobrina del padre Bordes, merecía todos aquellos homenajes de los vecinos de Aigues-Vives.

Y era agradable espectáculo el que ofrecía aquella fresca joven al pasar aquella mañana rápidamente entre las vetustas casas del burgo. El viejo coronel, que había pescado mucho en los dos arroyos, pensaba un poco, al ver andar á la joven, en esas sinuosas anguilas que inútilmente se trata de coger y que se deslizan entre los dedos con tanta suavidad. Del cuerpo de Jacobita exhalábase un irresistible perfume de juventud; y en sus ojos de color azul oscuro había un no sé qué de cariñoso, semejante á la luz

condensada, á la esencia de la primavera. Su barba prominente y de bien marcado perfil denotaba la energía, la tenacidad, la pasión; pero lo que más se admiraba en ella era la exuberancia, la fogosidad, la fuerza extraordinaria de vida que transfiguraba toda su persona. Hubiérase creído que seis almas funcionaban á la vez en su cuerpo; y su boca, sus ojos, sus brazos, sus piernas, todo, en fin, parecía reprimir sin cesar una infinidad de palabras, de sonrisas, de miradas y de movimientos impulsivos.

No contaba aún más que diez y seis años; todavía era pensionista en un convento de Pau; y á causa de su precocidad física, de su necesidad de agitación y de respirar el aire libre, los médicos le aconsejaron que fuera á correr un mes ó dos por las montañas. Era huérfana; su padre, Lorenzo Marcadieu, torero al estilo de las Landas, ó mejor dicho, vaquero, había muerto en las fiestas de Aire á consecuencia de una cornada que le atravesó de parte á parte; y su madre, Melania Bordes, falleció casi seguidamente de resultas de una afección cardíaca. Sus padres la dejaron sin fortuna; pero el padre Bordes, que era á la vez su tío, su padrino y su tutor, poseía algunos inmuebles productivos y proponíase legarle todos sus bienes. El sacerdote era quien la hacía educar en un convento de Pau; iba á verla á menudo, y observaba con tanto orgullo como inquietud que cada día era más bella.

— ¡Bájate el velo, Jacobita, bájate el velo!, decíale cuando se paseaba con ella por las calles.

Y preguntábase á veces, con expresión inquieta, si no sería aquella ahijada el tormento de su vejez y no su consuelo.

Aquel buen padre Bordes no tenía mucho aire de parentesco con su brillante pupila; su rostro venerable producía notable contraste con la agraciada faz de su sobrina; contaba ya sesenta años, y parecía llevar con fatiga un abdomen redondeado que debía impedirle, mientras viviese, ir á ver la salida del sol en el pico de Montmirailh, si bien es verdad que aborrecía la montaña y soñaba en la adquisición de una granja en Normandía. Desgraciadamente, prescindiendo del *Restaurant de la Paz*, que le pertenecía, y de la *Quinta Magdalena*, asentada en el valle de Argelez, las propiedades que el padre Bordes poseía hallábanse á una altura de 1200 metros sobre el nivel del mar, y tan sólo el salvaje pico de Gargos, destacándose orgullosamente al Oeste de Aigues-Vives, representaba su Normandía.

Allá arriba, en efecto, á mil pies sobre la pequeña ciudad, había una agrupación de cabañas ruinosas, semejantes más bien á un nido de buitres que á un pueblo humano. No había ningún camino de carretera que condujese hasta allí; no se podía ir sino á pie ó á caballo; y cuando alguien se mudaba era preciso desmontar los muebles pieza por pieza y cargarlos en un burro. La senda que se debía seguir para llegar estrechábase tanto en ciertos recodos, que dos hombres no podían pasar de frente; los casados debían ir uno delante de otro; y en cuanto á los muertos, enviábanlos al cementerio de una manera muy expeditiva: atábase el ataúd en la extremidad de una gruesa cuerda y se deslizaba á lo largo de una roca pasando por una galería abierta por las avalanchas, como aún se hace en algunos otros caseríos de los Pirineos, particularmente en Goust, cerca de Eaux-Chaudes. El pueblecillo era invisible desde el fondo de Aigues-Vives; el Gargos le sostenía en su flanco, como un coloso desnudo que lleva en el costado algún parásito, y tolerábale ya hacía siglos, con su indiferencia de gigante tranquilo; pero en el año 1859 le había enviado bruscamente una avalancha por un barranco pedregoso, y por esta travesura del monte, la tercera parte del pueblo quedó arrasada.

Desde entonces, casi todos los años el fantástico pico persistió en sus malos tratamientos. Una vez se llevó así el campanario de la iglesia con una de sus rocas, tan fácilmente como un muchacho hace saltar un tapón, y en la primavera siguiente barrió los pilares del pórtico, como quien derriba los palos de un juego de bolos. A partir de aquel momento, el pueblo de Gargos, pues llevaba el nombre de la salvaje montaña en que se hallaba situado, comenzó á quedar cada vez más solitario.

Como el maniático pico se acostumbraba á maltratar sus casas, la mayor parte de los habitantes huieron, y no quedaron sino aquellos cuyas viviendas estaban más seguras detrás de las estribaciones plantadas de árboles. Actualmente, la nave de la iglesia se mantenía aún, y hubiérase dicho que las avalanchas querían respetarla en lo futuro, pues hacía veinte años que se habían abierto un pasadizo rectilíneo, del cual no se apartaban ya; pero no era suficiente para el ejercicio del culto, y como el pueblo carecía de fondos, Gargos quedó suprimido para ser incorporado al distrito de Aigues-Vives. Entonces no hu-

bo ya allá arriba ni escuela ni cura; y aquello quedó reducido á un simple caserío, cuyas viviendas, de paredes arrugadas, como el rostro de una pobre vieja, inclinábanse un poco más cada año y derrumbábanse después, sin turbar apenas con sus piedras las aguas del tumultuoso arroyo de Ribenac, que corría cuatrocientos metros más abajo.

El padre Santiago Bordes había sido nombrado en su juventud cura de Gargos; entonces las avalanchas no molestaban al pueblo, y como los bañistas acudían en gran número á Aigues-Vives, el nuevo sacerdote, confiando en el porvenir del país, había comprado á ínfimo precio grandes extensiones pedregosas en la montaña. En su propiedad encontró de todo: moles de granito, pequeñas grutas, guaridas de oso, nieves eternas, y hasta algunos espacios de tierra cultivable en varios sitios; pero lo que más le enorgulleció fué una cascada, cuyas aguas cristalinas, frías como el hielo, caían con estrépito desde una altura de cuarenta metros, y después de chocar contra las rocas, iban á reunirse con la corriente del Gave, siempre ruidosa, por una pintoresca galería abierta entre el presbiterio y la iglesia de Gargos. En el país se dió á esa cascada el nombre de *Pichemule*; pero el padre Bordes, cuya alma poética se resentía por este grosero término, tuvo cuidado de bautizarla de nuevo, llamándola con énfasis la *Cabellera de Magdalena*. Después plantó árboles alrededor de las rocas, los rodeó de una cerca protectora, y dió orden de fijar en un poste el siguiente aviso:

PARA VER LA MAGNÍFICA CASCADA

LA CABELLERA DE MAGDALENA

DIRIGIRSE AL PRESBITERIO.

Y una mano bien dibujada mostraba una puerta con marco de boj, donde Poupotte, la cocinera del señor cura, tenía el encargo de anunciar á los viajeros que la entrada costaba cincuenta céntimos de franco.

De los cinco mil extranjeros que iban anualmente á Aigues-Vives-les-Bains, tres ó cuatro mil emprendían la excursión al Gargos, y casi todos éstos, picada su curiosidad por el anuncio, solicitaban ver la *Cabellera de Magdalena*; de modo que Poupotte percibía de mil quinientos á dos mil francos cada verano, que ingresaban en la caja de su amo.

Esto equivalía al sueldo de un canónigo honorario, así es que el padre Bordes no se cuidó de pedir otro curato cuando su parroquia fué suprimida. Como su casa estaba al abrigo de los caprichos de la montaña, gracias á un muro natural de granito que se elevaba perpendicularmente á más de cincuenta metros, quiso permanecer junto á sus ovejas; y de vez en cuando, después del deshielo, cuando las avalanchas no eran ya de temer, iba á decir misas, poco frecuentadas, en lo que aún quedaba de su pequeña iglesia. Después, para matar las horas de la tarde, que se le hacían muy largas con su breviario, instaló en su casa una sierra mecánica y un torno perfeccionado, que la *Cabellera de Magdalena* hacía funcionar, prestando un poco de su ondulante capa líquida. Con el sombrero sobre la oreja y protegida la sotana por un mandil de cuero, construyó toda clase de objetos curiosos de madera: acericos, anaqueles, botones y hasta un ingenioso sacabotas para el cual le aconsejaron que pidiera privilegio de invención; pero en lo que principalmente triunfó fué en la construcción de esas copitas que llaman hueveras; las hizo de boj, de álamo, de roble, de pinabete y de aliso, pareciendo que las especies vegetales que crecían en el árido pico de Gargos no iban á tener ya más destino que suministrar la primera materia para las hueveras del padre Bordes.

El día de su santo, el digno tornero distribuía graciosamente los objetos de su fabricación entre sus feligreses, por más que éstos no comieran nunca huevos pasados por agua.

El caserío se hallaba á demasiada altura para ser habitado durante el invierno. Desde octubre á marzo, las nieves le cubrían casi enteramente; los tejados de las cabañas tomaban el aspecto de caperuzas blancas; del altar mayor de la iglesia pendían estalactitas; los árboles se asemejaban á copetes ó penachos blanqueados con polvos de arroz; los pastos llanos parecían canteras de greda, y únicamente las escarpaduras de granito, demasiado empinadas para retener la nieve, mostraban sus planos verticales como los muros de una ciudadela negra. Entonces, solamente un hombre permanecía en Gargos: era Silverio Montguillem, montañés taciturno de veinte años, que por algunas monedas guardaba las casas de sus compatriotas.

Hacia un mes que Silverio había anunciado el deshielo á los vecinos de Gargos, retirados en Aigues-Vives ó en la llanura, y en vista de este aviso, los últimos feligreses del padre Bordes volvían á subir uno

tras otro hacia sus frágiles casuchas, hacia los húmedos prados, ó los campos empapados de agua, que el sol hacía llorar suavemente al calor de sus primeros rayos. Poupotte la cocinera y Touton el jardinero, instalados ya en el presbiterio de Gargos, habían retirado las fundas y tapetes de los muebles, volvían á colocar los relojes, preparaban las crías de pollos, y barrían los senderos alrededor de la *Cabellera de Magdalena*, y por fin, en la hermosa mañana del 30 de abril, después de invernar seis meses en su quinta de Argelez, el padre Bordes volvía á su residencia de verano, la casita apoyada en la roca, donde iba á construir más hueveras hasta el otoño, oyendo el alegre rumor de su cascada...

— ¡Por aquí, Jacobita! ¿Se te ha olvidado ya el camino?, preguntó el obeso eclesiástico después de pasar las últimas casas de la calle Gambetta, donde el doctor hacía continuas evoluciones con su velocípedo.

Y volviendo bruscamente á la izquierda, tomó un sendero entre dos barreras de pizarras, atravesó algunas praderas, y pronunciando un *juf!* como hombre que se alivia de un peso, comenzó la ascensión del Gargos, encaminándose por sendas muy pedregosas, que en veinticinco minutos debían conducirle al caserío.

Jacobita era feliz; su rostro, reanimado por el aire fresco, parecía sonreír á todo cuanto la rodeaba, y franqueada la primera senda comenzó á correr.

— Padrino, dijo de pronto, ¿no verá aún ese caballero de la bicicleta? ¿No? Pues entonces puedo hacer locuras.

Y sin esperar contestación, emprendió veloz carrera haciendo saltar el borde de su vestido con los tacones de sus botas.

— ¡Dios mío, qué hermoso es todo esto!, exclamaba al sentir la brisa de la montaña acariciar su cuello, y todo su ser, haciendo ondular sobre la nuca los mechones libres de su cabello.

Y subía y bajaba de nuevo locamente, sin objeto alguno, como el perro que salta alrededor de su amo, solamente por el placer de gastar su juventud y desahogar su alegría.

— ¡Oh, qué magníficos árboles! ¿Cómo se llaman? ¡Y esas rocas!.. ¡Y ese delicioso perfume que se percibe por todas partes! ¿Dice usted que es boj? ¡Y aquel hombre que está atado á una cuerda para segar su heno! ¡Y aquella cabeza barbuda que mira pasar á todo el mundo por la ventanilla de la granja! Diríase que es una madre superiora, ¿no es verdad? ¡Oh, dispéñeme usted!.. ¡Ya me confesaré!..

El cura no sabía reprender á su irrespetuosa ahijada.

— ¡Oh, qué fresca es la hierba!, continuaba Jacobita. ¡Cierre usted los ojos, padrino, que voy á saltar por encima!

Y la joven brincaba, y después volvía á correr para manifestar su entusiasmo á los picos, á los valles, á los pueblos, á las cascadas y á todo cuanto se podía ver, á todo ese cielo lleno de claridad, á toda esa tierra pedregosa que se destacaba en puntas blancas, como en grandes exaltaciones hacia el sol.

El panorama se desarrollaba cada vez más vasto, cada vez más imponente; en cada senda descubriábase salvajes desfiladeros, montes inesperados y brillantes glaciares. Desde el fondo de Aigues-Vives apenas se veían más que cuatro montañas; y en el rigor del verano, tan sólo un alto pico que se elevaba al Sudeste mostraba un poco de nieve á los bañistas; pero desde Gargos, el espectáculo era maravilloso. Soberbias cimas se destacaban en casi todas las direcciones; y al Norte, por una grandiosa grieta que el Gave había abierto hacia Pierrefitte, veíase un inmenso espacio azul, una tranquila extensión de llanura, matices inverosímiles de zafros que se desvanecían, cada vez más vaporosos, cada vez más ligeros, y que iban á extinguirse á veinte ó treinta leguas de distancia en una línea tranquila como el mar.

Aquel espectáculo encantaba á la joven; ya no corría, sino que admiraba con recogimiento, por más que hubiese visto ya las mismas cosas muchas veces en Gargos.

Pero en otro tiempo, los picos, los glaciares y las cascadas no la preocupaban: aquel día la naturaleza se le revelaba en todo su esplendor.

— ¡Oh! Es tan hermoso, que da ganas de llorar, murmuró Jacobita.

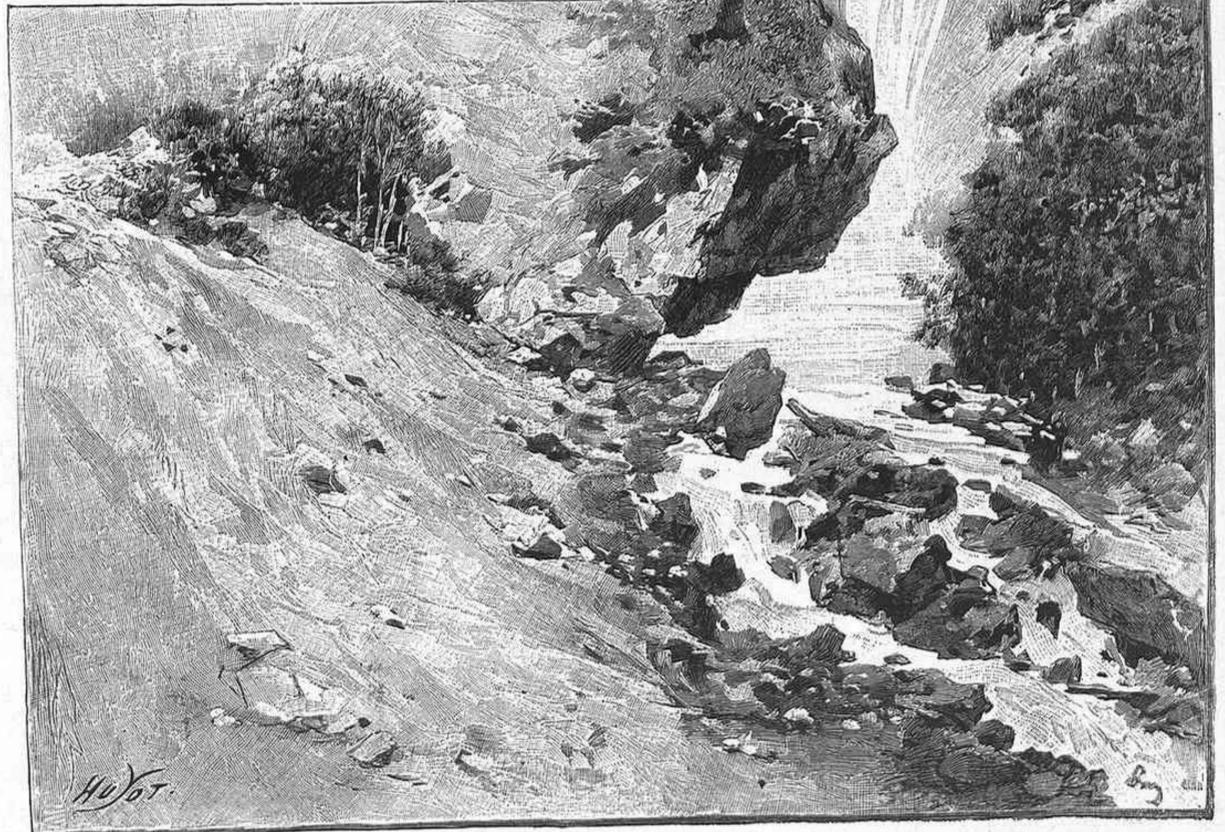
Y su belleza parecía acrecentarse.

En sus labios entreabiertos, en sus ojos radiantes adivinábase un alma cándida, ardiente, apasionada, que se explayaba allí, en el hermoso mes de abril, como una de esas flores silvestres de la montaña, que nadie ha visto aún y cuyo perfume aspirará tal vez el primero que pase.

En vez de regocijarse, el padre Bordes experimentó un sentimiento de tristeza.

No cabía ya duda; aquella niña era demasiado hermosa y amable, y las funciones de tutor amenazaban ser difíciles.

(Continuará)



La Cabellera de Magdalena

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS TRANVÍAS ELÉCTRICOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

En ningún país han alcanzado los tranvías tan gran desarrollo como en la América septentrional, y examinando las estadísticas se observa que hasta 1886 la tracción de esos vehículos era exclusivamente animal, pues los ensayos de sistemas funiculares y eléctricos no habían dado buenos resultados.

En 1880 había 3.280 kilómetros de tranvías en los Estados Unidos y en 1890 más de 9.920. En 1886, fecha en que se establecieron los tranvías eléctricos, sólo había dos líneas eléctricas; en 1887 fueron ya 6, y en 1889, 57. A fines del año 1893 la longitud de las líneas era de unos 20.000 kilómetros y por ellas cir-

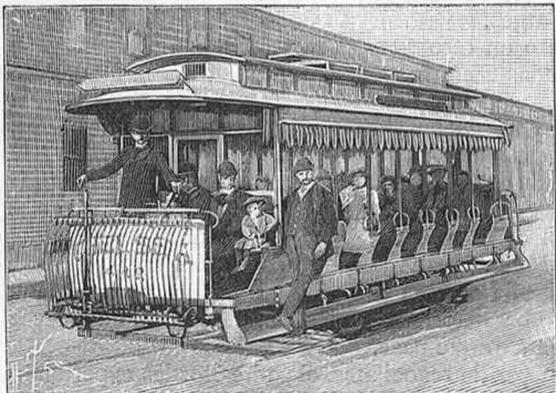


Fig. 1. - El protector Field en descanso.

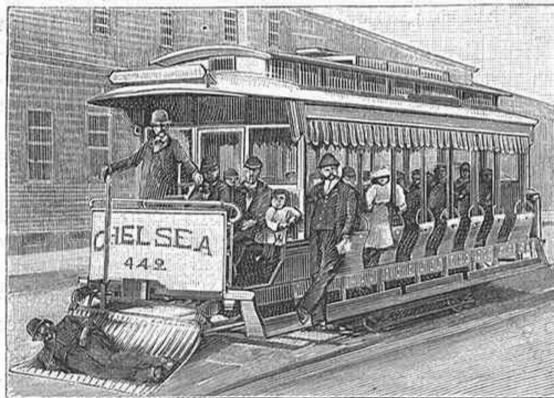


Fig. 2. - El protector Field recogiendo a un transeunte que ha caído en medio de la vía.

culaban 39.178 coches, correspondiendo á las eléctricas 12.274 kilómetros y 17.974 coches; á las de cable, 1.083 y 4.867 respectivamente; á las de vapor, 860 y 657. De suerte que hay 14.217 kilómetros explotados por procedimientos mecánicos, y sólo 5.783 con 15.680 coches por sistema animal.

Las 110 compañías de tranvías del Estado de Nueva York transportaron durante el año 1889 más de 686 millones de viajeros, ó sea cien veces la cifra de la población total: en la ciudad misma de Nueva York por los tranvías y el ferrocarril aéreo han circulado más de 400 millones de viajeros, aumentando el número de éstos de año en año más rápidamente que la población, lo cual indica no sólo que viaja más gente, sino que las mismas personas viajan con más frecuencia que antes.

De los cálculos hechos resulta que el número total de personas transportadas en Nueva York ha aumentado en más de 140 por 100 en cada período de diez años desde el año 1866: siguiendo esta progresión en 1.900, el número total alcanzará la cifra enorme de 1.500 millones. Ese inmenso desarrollo procede de las facilidades dadas por esos medios de locomoción rápida en que se tiene la seguridad de encontrar siempre sitio por la frecuencia con que se suceden los coches. Supongamos que una persona pueda destinar media hora por la mañana para ir de su casa á la oficina ó al taller: si la velocidad del tranvía es de 6 kilómetros por hora, como sucede en los de tracción animal, necesariamente ha de elegir domicilio en un perímetro limitado por una circunferencia de 3 kilómetros de radio; pero si la velocidad media comercial llega á 12, 18 ó 20 kilómetros por hora, como acontece con los tranvías eléctricos, el límite se ensancha en la misma proporción y la superficie dentro de la cual puede vivir el empleado ó el obrero es de 4, 9 ó 12 veces mayor. Se comprende, pues, la importancia que adquieren estas líneas de rápido tránsito para facilitar el desenvolvimiento de las poblaciones y permitir al trabajador disfrutar, una vez terminadas sus faenas, del aire puro del campo.

Así vemos que en todas partes se multiplican en América las líneas de tracción eléctrica, no sólo en los arrabales de las grandes ciudades, sino que también para enlazar en el campo villas y aldeas en recorridos á veces muy largos, no siendo raros los trayectos de 25 y 30 kilómetros que pueden recorrerse por 25 céntimos. Esos tranvías son los verdaderos ferrocarriles económicos del porvenir, puesto que están organizados para el transporte de correspondencias, de mercancías y hasta para los transportes funerarios. Por tranvías eléctricos están ó estarán en breve enlazadas ciudades tan distantes entre sí como Baltimore y Washington, Nueva York y Filadelfia.

Pero ya se comprenderá que las grandes velocidades con que deben circular esos tranvías para recuperar el tiempo que naturalmente pierden en las fre-

cuentes paradas, velocidad que algunas veces llega á 48 kilómetros por hora, ofrecen serios peligros, no siendo raros los atropellos de transeuntes y los choques con otros coches que quedan hechos trizas al ser embestidos por aquellos vehículos pesados cuanto rápidos. Estos accidentes son menos en los tranvías eléctricos, á pesar de lo cual son muchas las personas que no transigen con ellos y que les llaman *deadly trolley*, el vehículo de la muerte: algunos periódicos políticos registran con insistencia los accidentes que ocurren diariamente en el territorio de la Unión, accidentes en verdad poco numerosos con relación al desarrollo de las comunicaciones, y publican caricaturas que representan al tranvía eléctrico como una verdadera máquina infernal.

Pero las compañías y los electricistas no se desaniman por estas críticas injustas y á menudo intere-

to: nuestros grabados figuras 1 y 2 representan uno de los principales modelos debido á M. Field, y viéndolos se comprende el principio en que descansan y su mecanismo, por lo que creemos innecesario hacer su descripción.

La figura 3 es la reproducción de una caricatura publicada por un periódico americano: en ella se ve el protector, de una forma imaginaria, en el estado de reposo, en función y en sus resultados. Esa caricatura permite comprender mejor que una figura teórica la manera de funcionar esos protectores que prestan excelentes servicios.

Gran número de aparatos de este género funcionan en muchas líneas y han sido ensayados con objetos inertes y hasta con personas que voluntariamente se han prestado á ello y que han declarado no haber sentido daño alguno en el momento del choque, ni siquiera cuando la velocidad del tranvía era de 25 kilómetros por hora. Varias comisiones de ingenieros han estudiado su aplicación á los tranvías y han dictaminado que si bien es imposible asegurar la protección absoluta del público contra el choque de los vehículos que marchan á gran velocidad, por lo menos la adopción de los salvavidas que hemos descrito permite aumentar mucho la seguridad y evitar numerosos accidentes.

Por esta razón su empleo se generaliza de día en día, habiéndose promulgado algunas leyes que exigen el uso de tales aparatos.

G. PELLISSIER

(De *La Nature*)

* * *

LA PIEDRA MOVEDIZA DEL TANDIL

En el extremo Sur de la provincia de Buenos Aires, á 394 kilómetros de la capital de la República Argentina y junto á la sierra del Tandil, hállase situado el pueblo de este nombre que ocupa una de las más deliciosas y pintorescas posiciones que imaginarse pueden.

Cerca de él, á una distancia de cinco kilómetros, encuéntrase la célebre piedra movediza, fenómeno extraño de la naturaleza que constituye sin disputa la más interesante curiosidad geológica de aquella república. En la parte superior de un gran peñasco hay una masa informe de piedras, coronada por una cuya forma, mirada desde el barranco hacia el cual se in-

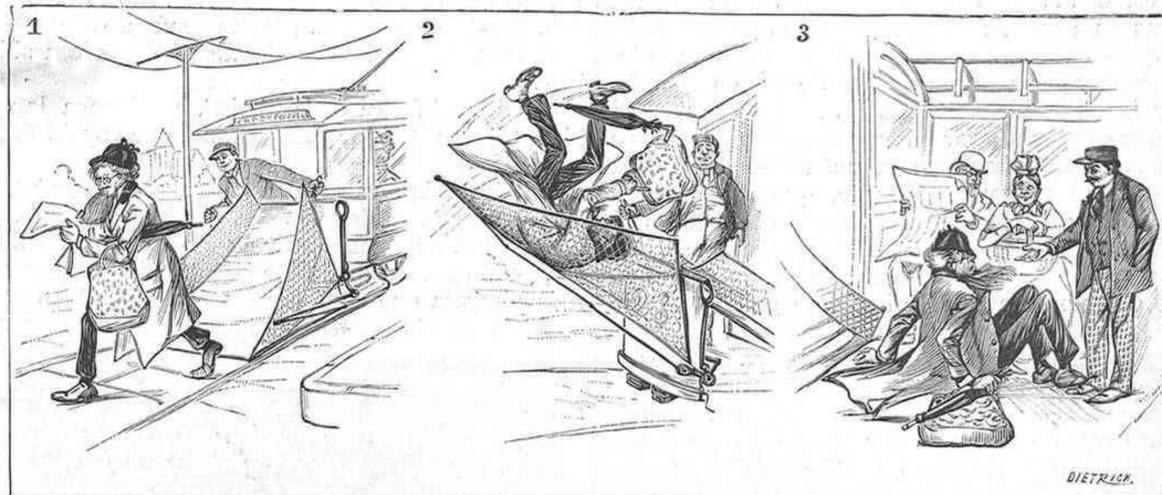


Fig. 3. - Caricatura americana de los protectores. - 1. En descanso. - 2. En acción. - 3. ¡Tome usted asiento!

Para terminar este artículo diremos algo de esos salvavidas muy generalizados en América y casi desconocidos en Europa. Consisten en una especie de plataforma ó raqueta colocada delante del vehículo y que descansa sobre la vía por su extremo anterior: esta plataforma está formada por barras de hierro paralelas, reunidas en sus extremos por otras barras transversales, ó bien consisten en un cuadro metálico sobre el cual hay tendida una red y que está provisto en su parte anterior de unas ruedecillas. Además se colocan en la delantera, á fin de que sirvan de coginetes amortiguadores, fuertes tubos de caucho, provistos en su interior de muelles en espiral para que tengan mayor elasticidad, ó llenos de aire como los neumáticos de una bicicleta. Si alguna persona que se encuentre en la vía es alcanzada por el tranvía, en vez de ser arrollada por éste es recogida por el aparato protector, mientras el maquinista para el coche ó disminuye la velocidad de su marcha por cuantos medios tiene á su alcance. Los que han tenido ocasión de probar personalmente estos aparatos dicen que no sufrieron daño alguno, habiendo algunos de ellos repetido la prueba: esta es la mejor demostración de la eficacia de los salvavidas.

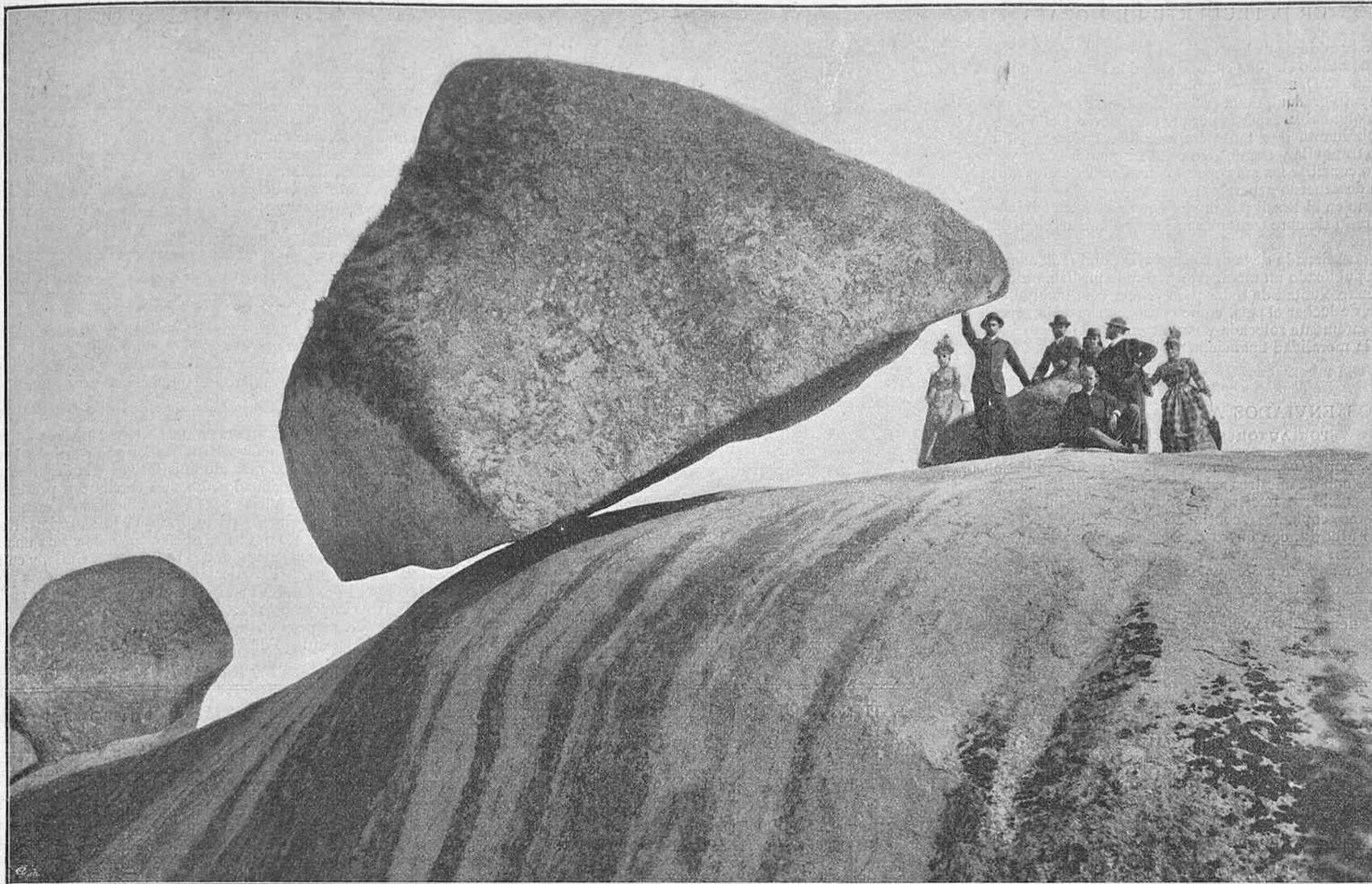
Hay muchas clases de estos aparatos de salvamen-

clina, es la de un enorme sombrero de tres picos, y observada desde otros puntos la de un cono irregular: su longitud es de diez y ocho pies ingleses; su latitud de veinticuatro, y su peso se calcula en unos 11.600 quintales.

Pues bien: esta enorme masa oscila fácilmente movida por el viento que azota con frecuencia aquellas serranías, y cede sin dificultad á la menor presión de la mano del hombre: al moverse de un modo visible parece que va á derrumbarse desde la altura de doce metros en el precipicio sobre el cual está medio suspendida, y sin embargo muchas veces se ha tratado de hacer rodar esa enorme mole hasta el pie de la montaña, y aunque para ello se ha apelado á distintos medios, todo ha sido inútil y no se ha conseguido moverla de su lugar.

La piedra oscila sobre un eje invisible de Oriente á Poniente, y su base, que forma un vértice convexo distante diez y seis pulgadas del borde del abismo, la mantiene en perfecto equilibrio.

El grabado que publicamos, copia de una fotografía que junto con los datos explicativos nos ha remitido desde el Tandil D. Roberto Bordoy, de Buenos Aires, da una idea perfecta de ese fenómeno interesante.



La piedra movediza del Tandil en la provincia de Buenos Aires (República Argentina). - Vista tomada del lado Norte
(De fotografía de D. Pedro Momini, remitida por D. Roberto Bordoy)

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energético que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anémia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas* y *escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordina y aumenta considerablemente las fuerzas o infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloración* y la *Energía vital*.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

EL APIOL
DE LOS DOCTORES
JORET Y HOMOLLE
Rue de Valenciennes 150, PARIS.

APIOL
REGULARIZA LAS EPOCAS.
IMPIDE LOS DOLORES.
RETRASOS, SUPRESIONES, &c.

Dosis: una o dos capsulas mañana y tarde.
FRASCO 4/50.-TODAS FARMACIAS.

PARA EVITAR LA FALTA DE ÉXITO, EXIJIR EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE

MEDALLA de ORO, Exposición de ANVERS 1894.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Dig-estiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
HISPANO-AMERICANO

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente a las ciencias, agricultura, artes e industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

MONTANER Y SIMON, EDITORES

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos. (Etiqueta adjunta en 4 colores)

PARIS: Farmacia LEROY 91. rue des Petits-Champs.
En todas las Farmacias de España.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

MAREO PELAGINA
RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número;
ALIVIO SEGURO en los otros.

IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO No Francia, frascos 5.3 y 1 fr. 50

E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, PARIS.
y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Meichor GARCIA, y todas Farmacias.

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA IODURO de HIERRO y CÁSCARA
Dosis: á 0 gr. 125 de Polvo.
Verdadero específico del

ESTREÑIMIENTO
HABITUAL
PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Avenue de Villiers. - Nuestras grátias á los Médicos.
Depósito en todas las principales Farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
Solucion **BLANCARD**
y
Comprimidos
de Exalgina

Con Ioduro de Hierro Inalterable.

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES UTERINOS, MUSCULARES,
NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

Exigiese la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

EL DOCTOR D. PRUDENTE DE MORAES

El nuevo presidente de la República Brasileña se dió á conocer como político en 1884 cuando apoyó la proposición del famoso estadista Dantas, cuyo gobierno proponía la abolición completa, pero gradual, de la esclavitud. Desde entonces no dió mucho que hablar, quizás porque no posee aquella elocuencia fulminante que tanto impresiona á las masas. Su oratoria es tranquila y tiende siempre á resultados positivos, procurando conciliar las más opuestas tendencias en los momentos de desacuerdo general.

Se le tiene en el Brasil por modelo de prudencia, habiendo patentizado siempre tranquila mesura en la dirección de los negocios.

Apenas posesionado de la presidencia ha nombrado nuevo gabinete y publicado un manifiesto haciendo un llamamiento á la buena voluntad de todos para vencer las dificultades con que ha de luchar el país, como consecuencia de la revolución recientemente sofocada y garantizando el respeto á la libertad y la moralidad financiera.

**

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

MIMOSA, por *Alejandro Larrubiera*. - Como se trata de una obra de uno de nuestros asiduos colaboradores y pudiera por ende tacharse nuestro favorable juicio de inspirado por la amistad, copiamos á continuación lo que dice de *El Liberal*, de Madrid, con cuyos conceptos estamos en absoluto conformes: «La obra del Sr Larrubiera es la historia de una mujer amante y desgraciada, historia sencilla que, como muchas de éstas, de amores sin fortuna, acaba en el suicidio de la protagonista. Pero en lo que el libro de Larrubiera no tiene nada de vulgar es en el estilo del escritor, en la exposición de los asuntos, en la naturalidad del diálogo,



El doctor D. Prudente de Moraes,
nuevo presidente de la República del Brasil

go, en las descripciones brillantes y con real color de vida que abundan en la novela. Con ella el autor ha dado un paso más en el camino de la fama literaria.»

Mimosa, que ha sido publicada por la Biblioteca Diamante de esta ciudad en elegante edición con bonitas ilustraciones de J. Triadó, se vende al precio de una peseta.

ALMANAQUE DE LA «CAMPANA DE GRACIA.» Este almanaque, que con tanto éxito publica D. Inocente López, contiene chispeantes caricaturas políticas y otros dibujos excelentes, debidos al lápiz de artistas tan reputados como Apelles Mestres, Pellicer (José I.), Moliné, Foix, Negro, Pellicer Montseny y Cuchy, y graciosos artículos y poesías de Gumá, Ubach y Vinyeta, Roure, Apelles Mestres, Roca y Roca, Federico Soler, Guimerá, Rahola, Soler de las Casas y otros conocidos escritores que colaboran en el popular semanario *La Campana de Gracia*. Véndese al precio de dos reales.

LA SUICIDA, por *Antonio Soriano y Donday*. Novela de costumbres en que el autor, según consigna en la dedicatoria de la obra, se propone hacer odiosos á esos seres que el Evangelio llama sepulcros blanqueados. Véndese al precio de dos pesetas.

GEOGRAFÍA DESCRIPTIVA DE LA REPÚBLICA DE CHILE, por *Enrique Espinosa*. Esta obra, que contiene las más recientes modificaciones administrativas y la descripción de los territorios anexionados, ha sido escrita con presencia de las publicaciones oficiales y de otras fuentes no menos fidedignas. En su primera parte trata de la situación, límites, extensión, aspecto del país, población, clima y en una palabra de todas las generalidades referentes á Chile, y en la segunda se describen particular y minuciosamente las provincias. El libro resulta una interesante geografía con multitud de datos importantes metódicamente expuestos. Se vende al precio de un peso en la imprenta de «El Ferrocarril» Bandera, 39, Santiago de Chile.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICION.
EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTEPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEPÉLICA
para ó mezclada con agua, disipa
PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
y conserva el cutis limpio y terso

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores
Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base
de goma y de ababolos, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y C^{ia}, P^{os}, 102, R. Richelieu, Paris.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Especieiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIASE el nombre y la firma de AROUD

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA
El mejor y mas célebre polvo de tocador
preparado con bismuto
por Ch. Fay, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN